

Animales y otras cuestiones humanas

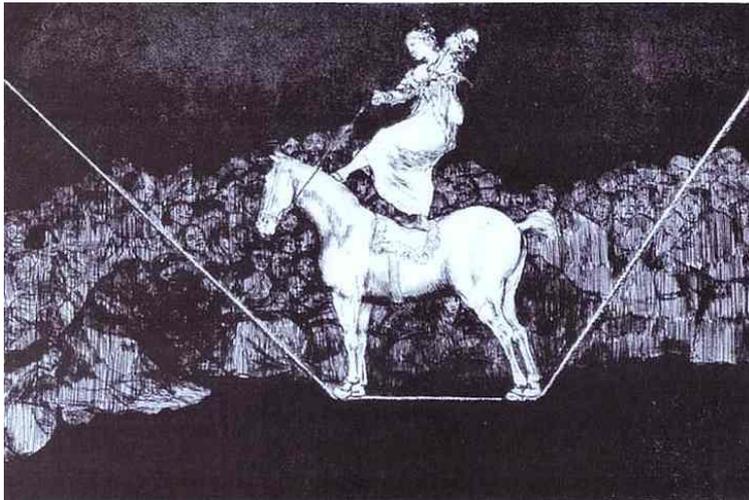


Veneno 2

Cómo escribir acerca d animales?

Una d las ventajas d escribir acerca d animales es q se puede comenzar con uno mismo, un animal q escribe y sostiene una extraña fe (y esperanza) en las letras.

En las ciudades, como en la q ahora me hallo (y a veces no me encuentro), no hay q aspirar a tener “encuentros cercanos” con criaturas tan vistosas, y simbólicas, como las d la heráldica: tigres, águilas, serpientes y leones solo veremos si nos resignamos, cómplices, a la filantrópica crueldad d los zoológicos.



Goya, Disparate puntual (c. 1815-1823)

Debemos conformarnos - antes incluso q con los socorridos perros y gatos- con la cercanía d los insectos: moscas, mosquitos, mosquitas, moscardones y toda la parentela (cuyos nombres científicos no soñamos conocer), hormigas d vario tipo y actitud, cucarachas, polillas, mariposas a veces, grillos, comejenes q no vemos ni queremos ver aunque dejen huellas inequívocas y los científicos aseguren q son los únicos seres q contribuyen a reparar la capa d ozono.

Y, desde luego, pulgas, habitantes naturales de los socorridos perros y gatos; las garrapatas no son insectos sino que forman parte de la familia de las arañas que son parte de la nuestra si se lo permitimos. También contaremos con gorgojos, libélulas, algún que otro escarabajo, lagartijas y salamandras (no confundir con la salamandra que no es reptil sino batracio) y, de vez en cuando, un gorrión, o un ratón, a prudencial distancia; también torcazas y palomas domésticas y las puntuales golondrinas que, al atardecer, se confunden con los murciélagos.

En zonas más arborizadas de la ciudad veremos zorzales, escucharemos al sinsonte e incluso encontraremos colibríes, puede que hasta cotorras; no hace mucho, en una de estas áreas alejadas del centro, avisté una ardilla. Una ardilla! Hace algunos años pululaban en el llamado “bosque de la Habana” (hoy pomposamente nombrado Parque Metropolitano) donde ahora abundan los restos putrefactos de aves y cuadrúpedos, subproductos de la devoción religiosa. Estas zonas han ido desapareciendo y se harán, como las ardillas, cada vez más raras en la medida en que los ciudadanos continúen librando su metódica cruzada contra los árboles, viles enemigos de aceras y cables, mudos adversarios de futuros parqueos, en fin, seres vivos desprovistos del derecho a la vida. Sospecho que el común genocidio de los árboles -al parecer, una forma espontánea de fascismo- no es más que otra expresión de la impotencia cívica trastocada en potencia mecánica, una forma bastante “barata” de lograr, a como dé lugar, el añorado “cambio”. No debo desviarme, sin embargo, hacia el área de los animales desnudos de conciencia e investidos de técnica por la cual habremos de pasar una y otra vez.

Aquí, en esta parte de la costa norte de la villa, hay poco de vegetal y mucho de marino. Sin entrar aún en el agua prohibida, ni notar los ávidos pescadores, menciono las gaviotas, los rabihorcados, planeadores insuperables, los pelícanos que han regresado, tras décadas de ausencia, en bandadas de 7, 9 y más individuos; llegan a andar sobre el malecón y recibir dádivas de pescadores y ser fotografiados a corta distancia por los turistas. Sí, esos primates con celular y sombrero de paja que sonríen a la menor

provocación y “generan empleos”. Por la avenida pasan coches, también abarrotados de turistas -algunos de ellos de hasta 100 kilos de peso-, tirados por caballos a quienes nada protege de la codicia. Tal vez la nueva constitución incluya algún artículo dedicado a “regular” la explotación animal?, las constituciones, en todo caso, suelen ser menos eficientes que la codicia, sobre todo si quienes las implementan tienen también alma de cocheros.

He logrado redactar una página acerca de animales, sin mencionar a Darwin ni a Linneo, apoyándome precariamente en la observación que parte de una vida humana en un entorno urbano. No hay aquí cisnes, panteras ni mucho menos unicornios, nada con que exaltarse ni a lo cual exaltar; no he acudido a Google, no he tenido acceso a las maravillas de Internet ni a ninguna enciclopedia especializada, solo poseo viejos diccionarios (de los cuales tendré que hablar eventualmente) y una profunda laguna (bucólico sinónimo de ignorancia) en temas de zoología y biología, por no hablar de mi profunda e infantil aversión por el resto de las “ciencias exactas”, acaso comparable con la indiferencia que la mayor parte de los científicos tienen por la poesía, que es para mí, como para los antiguos nahuatl, la única ciencia verdaderamente exacta: solo flores y cantos.

Hace varios meses, cuando pedí a un pequeño grupo de amigos colaboración para este volumen que, más que libro, imaginé como revista o “plataforma”, uno de ellos recomendó vivamente la lectura de la *Metamorfosis* de Ovidio (no la de Kafka, habría sido más pertinente), así como el “libro de Aristóteles sobre animales”. Si Aristóteles, quien no era poeta, ha causado con su *Poética* tanta confusión en un terreno que distaba de ser el suyo, no puedo imaginar qué pudo haber aportado al conocimiento real (que no es mera clasificación y categorización de hechos e individuos) de criaturas que, al igual que a los poetas, solo pudo haber observado desde su atalaya analítica.

En su prefacio a *La selva interna*, el autor Alfonso Silva Lee define sus motivos como el intento de explorar y socavar el muro que la cultura occidental ha erigido para separarnos “de las demás criaturas”. “Este libro”, dice, “va orientado a gastar dicha barrera...”; no puedo decir lo mismo de la *Metamorfosis*, tan antropocéntrica como las fábulas de Iriarte o Samaniego, o *Animal farm* de Orwell. Salvando en la memoria -y no

por cuestión d belleza literaria- el discurso de Pitágoras acerca d por qué matar y comer animales es un crimen d lesa humanidad, cambié con placer y prontitud a Ovidio por un artículo d *Vanity Fair* acerca d la clonación d perros.

La literatura es una bestia obesa q se alimenta incesantemente d árboles. Así como *Veneno* no fue concebido como parque literario, *Veneno 2* lo será aun menos. Por cierto, no he recibido hasta ahora colaboración alguna por parte d mis amigos escritores; por mi parte, si bien no puedo hablar, como Humboldt (o Animal Planet), acerca d las focas del Pacífico, ni recrear, como Horacio Quiroga, la cacería d un yacaré, un jaguar o un tatú carreta (“Chiquitos míos: en mi carta anterior les prometí un relato divertido”), puedo sí, contarles acerca del diálogo q sostuve anoche con una cucaracha: ella, alerta, moviendo incesantemente las antenas sobre el borde del lavadero; yo, pidiéndole q se fuera por donde quiera q hubiera venido, dudando si matarla o no. No la maté.

Aunque el tema del artículo d *Vanity Fair* (septiembre 2018, pido disculpas por no haber anotado el nombre d la autora) es el funcionamiento, y perspectivas, d la empresa surcoreana Sooam Biotech Research Foundation, “la primera compañía en el mundo dedicada a la clonación de perros”, el espectro del Parque Jurásico recorre el texto y no solo porque la autora lo mencione con perspicacia.

La saga d Spielberg presenta, d manera ambigua, el derecho divino q los humanos tienen (digo “tienen” y no “se atribuyen”) a manipular la naturaleza con fines d lucro, respaldados por medios q, a su vez, contribuyen a brindar a tal empresa el disfraz y salvaguarda d lo científico. Q Steven Spielberg es un realizador hipócrita en lo político y moral e insidioso y hábil en la producción d emociones, no es el tema d aquel artículo ni d éste y sin embargo conviene hacer notar q encarna con más viveza y glamour q la compañía surcoreana el prototipo del aprendiz d brujo estilo Frankenstein: aunque Spielberg intente compensar, a ojos del espectador, su inclinación fáustica con homilías ambientalistas -como la q el actor Jeff Goldblum interpreta sin convicción al final d uno d los episodios d la saga- es él, y nadie mejor, quien practica y populariza la clonación, por medios virtuales, d tiranosaurios y otros

monstruos más o menos antipáticos, más o menos “*cute*”. Esto ha tenido y tendrá, a efectos d una conciencia humana paralizada ante la tecnología, mayor impacto q los 49 chihuahuas q Sooam Biotech ha copiado.

Sin abandonar el mundo del espectáculo, la articulista refiere q “en marzo pasado, Barbra Streissand se reveló como clonadora”. La frase “*came out as a cloner*” nos muestra q también existe, para los clonadores, un closet del cual salir, así como tampoco será forzado recordar la frase anglosajona “to have skeletons in the closet” dada la marcada conexión existente entre la muerte, la clonación y el complejo d culpa por intervenir d manera perentoria en el sacrosanto proceso d la creación. Más acá d lo divino, “the show must go on” y, como d costumbre, por razones puramente “emocionales”: la compañía Via Gen Pets, radicada en Texas, entregó a la artista 3 copias d Samantha, animal afectivo d su propiedad fallecido en el 2017, cobrando \$50 000 por el servicio. Sooam Biotech, por su parte, llega a cobrar hasta \$100 000 por nacimiento, habiendo realizado, hasta la fecha d aparición del artículo, unas 1100 reproducciones.

La compañía surcoreana se propone, para un futuro no lejano, resucitar al mamut siberiano, usando tejidos frescos del mismo, preservados gracias al estado d congelación en q fueron hallados, en combinación con óvulos d elefanta. Una operación similar podría ser llevada a cabo con el no menos extinto *Ibex* d los Pirineos. Sooam Biotech Research Foundation produce también toda una variedad d cremas a partir d células madre.



Nuestros abuelos maternos, Eloína e Isidoro, con el burro Perico y un desconocido. Santa Clara, años 50.

Es curioso q el primer mamífero clonado d una célula adulta haya sido, justamente, una oveja; han pasado más d 20 años del hecho y, a pesar d la intensa controversia q entonces lo rodeara, no lo recordaría hoy d no ser por el artículo d *Vanity Fair*. Clonar a la oveja Dolly, fue una decisión d orden técnico, simbólico o ambos? Pues oveja no es acaso sinónimo d la mansedumbre d un ser humano domesticado, incluso, en lo trascendente?

Cabe preguntar, por otra parte, cuál es la función d los debates si, d todos modos, los doctores Fausto& Frankenstein prosiguen imperturbables su trabajo en algún laboratorio d 5 estrellas. No es d extrañarse si, mientras en la televisión repiten viejos episodios d los *Expedientes X* (contemporáneos d Dolly), el primer “humano” está

siendo clonado ya y nos enteremos d aquí a otros 20 años con el consiguiente, e inútil, escándalo.

Examinando el antagonismo entre Eros y muerte, q considera “el contenido esencial” d la evolución cultural, Freud se pregunta:

“¿Por qué nuestros parientes, los animales, no presentan semejante lucha cultural? Pues, no lo sabemos. Es muy probable que algunos, como las abejas, las hormigas y las termitas, hayan bregado durante milenios para alcanzar las organizaciones estatales, la distribución del trabajo, la limitación de la libertad individual que hoy admiramos en ellos. Nuestra presente situación cultural queda bien caracterizada por la circunstancia de que, según nuestros sentimientos, no podríamos ser felices en ninguno de esos estados animales, ni en ninguna de las funciones que allí se confieren al individuo”.

Aprender cómo escribir acerca d animales nos impone la tarea d aprender cómo *no escribir* acerca d ellos. Todo lo referente a los otros animales, desde lo q aparece en los diccionarios hasta lo q vemos en Animal Planet, desde las más antiguas narraciones literarias (las narraciones orales o d origen oral tienen otro sabor) hasta los más “desprejuiciados” discursos científicos suele estar contaminado d un denso antropocentrismo, d una arrogancia expositiva similar a la famosa frase d Orwell, “todos los animales son iguales pero algunos son más iguales que otros”. Y Freud escoge precisamente, para contrastarlos al drama d la cultura humana, hablar d aquellos q parecen ser más iguales entre los iguales: abejas, hormigas y termitas configuran, hace ya mucho tiempo, un estereotipo d sociedad eficiente y despiadada, un parque temático estilo 1984 en el cual, según Freud, “no podríamos ser felices” siempre y cuando nos guiáramos por los sentimientos.

Como todos sabemos, o eso espero, el tema d la felicidad está, en los humanos, íntimamente vinculado a la condición animal básica, d la cual no podemos escapar tan fácilmente por mucho q nos sumerjamos en la tecnología y el dominio cruento d la “naturaleza” q esta implica. Aviso q, desde ahora, entrecomillaré naturaleza, pues considero, como lo hace Fernando Pessoa en uno d sus poemas, q esta no existe sino

como construcción humana: existen individuos en el espacio, traducirlos a un conjunto, sea cual sea, es un invento cómodo y torpe. Esto vale tanto para los ciudadanos como para las hormigas.

Nuestro abuelo Isidoro, a quien ya han conocido en compañía d un burro, solía hacer uso d uno d esos dichos brutales q conforman el llamado gracejo popular: donde se cae el burro, ahí se le dan los palos. Él q, por lo q me consta, jamás apaleó a nadie, aludía a la obligación d tratar los asuntos “en el momento dado” y no después, una suerte d *carpe diem* del hacer cotidiano. Es por eso, y porque da la coincidencia q justamente hoy leía estas páginas d la biografía d T. W. Adorno, obra d su discípulo Detlev Claussen (*Theodor*

W. Adorno: one last genius), q decido compartir estas citas antes d volver a Freud y sus sentimientos respecto a hormigueros, termiteros y panales.

La relación entre Adorno, otros integrantes d la Escuela d Frankfurt y, más q los animales, la imagen intelectual q podemos hacernos d ellos cuando los tenemos presentes como concepto más q como realidad física, bastaría para uno d esos deliciosos ensayos q tanto seducen a los literatos (recuerdan q Julio Cortàzar tenia un gato a quien nombró T. W. Adorno?); sin embargo, me limito a reproducir estos fragmentos q rozan, justamente, la cuestión d la felicidad.

En una discusión privada con su cofrade Horkheimer, q data d 1956, Adorno retoma la idea d “*rien faire*; el estado alcanzado por los animales, aquel en el cual uno no hace nada en absoluto, ya no puede ser recuperado”. A lo cual Horkheimer replica q “la felicidad sería un estado animal visto desde la perspectiva de alguien que ya no lo es”. Adorno parece confirmar lo anterior al decir, “Podríamos aprender de los animales qué es la felicidad”. Horkheimer concluye: “Alcanzar el estado animal al nivel de la reflexión – eso es la libertad. Libertad significa no tener que trabajar”. Años después, en una carta pública d felicitación a Horkheimer, Adorno declara, “Yo pienso que los animales son como seres humanos, mientras que tú piensas que los seres humanos son como animales”.

Ya q al tema d la felicidad se une el d la libertad, hay q recordar q la idea d “no hacer nada” aparece ya en un ensayo d *Minima Moralia*: “Una humanidad que ya no conozca

la necesidad comenzará a vislumbrar la naturaleza ilusoria, fútil de todas las disposiciones hasta ahora realizadas para escapar de la necesidad, las cuales han hecho uso de la riqueza para reproducir la necesidad a una escala aun mayor". Y concluye: "*Rien faire comme une bete*, flotando en el agua y mirando apaciblemente hacia el cielo".

La idea d una bestia humana flotando feliz "en el agua", no solo se remonta al posible pasado anfibio d la especie sino q, inevitablemente, me remite al *Derecho a la pereza* d Lafargue q comienza citando a Lessing: "Seamos perezosos en todo, como hormigas al amar y beber, como hormigas al practicar la pereza", para luego arremeter contra la "extraña locura que posee a la clase obrera", es decir, "el amor al trabajo".

Lafargue, un marxista atípico (tal vez por haber sido yerno d Marx), no escapa a los estereotipos nacionales y folclóricos, compara al andaluz, "en el cual el animal primitivo no está atrofiado" y q, por lo tanto, considera al trabajo "la peor de las esclavitudes", con escoceses, gallegos, chinos y otras "razas" q experimentan el trabajo como "necesidad orgánica"; sin embargo, no esta muy extraviado al llamar al proletariado clase "embrutecida por el dogma del trabajo" ni al declarar, "Nuestra época será llamada la *edad de la falsificación*, así como las primeras épocas de la humanidad recibieron los nombres de *edad de piedra*, *edad de bronce*, según el carácter de su producción".

Lo q no hay modo alguno d falsificar es q la especie "superior", al huir d la necesidad y perseguir la felicidad, ha terminado en un callejón sin salida iluminado con todo tipo de consignas comerciales relativas a la libertad individual; mientras q las especies "inferiores", relegadas en la competencia evolutiva, conviviendo sin intermediarios con la necesidad y la muerte, permanecen en un mero estar, un mero ser q, a los ojos d quien renunció a ser animal, se parece a la felicidad.

Volviendo a Freud, no hay q olvidar q *El malestar en la cultura*, del cual he tomado el párrafo en cuestión, se escribe en un momento, como este, en el cual el fascismo goza d una salud planetaria y se prepara para poner orden en el panal; tampoco es justo pasar por alto el hecho q la mirada q Lafargue dirige al proletariado -y también, por cierto, al pequeño burgués y al campesino propietario- no es muy distinta d la q

Freud vierte sobre los hormigueros: la distancia analítica q nos separó d los otros animales, también nos separa d los otros humanos y, a la larga, d nosotros mismos. Freud comienza por preguntarse por la existencia de un “sentimiento oceánico”, o “sensación de eternidad” q no solo parece ser el origen d la religiosidad sino q también pudiera caracterizar un momento d felicidad más allá o más acá del ego, el superego y cualquier otra instancia d control y vigilancia, una condiciòn similar a la d la bestia q, sin hacer nada, flota en el agua y mira al cielo, en pocas palabras, un “estado animal”. Freud no corrobora su existencia: “yo mismo no logro descubrir en mì este sentimiento ‘oceánico’”.

“Puede ser”, dice más adelante, “que otras especies animales hayan alcanzado el equilibrio transitorio entre las influencias del mundo exterior y los instintos que se combaten mutuamente, produciéndose así una detención del desarrollo”. Puede ser, pero baste notar la relación entre “equilibrio transitorio” y “detención del desarrollo” para darse cuenta d la precaria situación d la “cultura” en un sistema d corte evolutivo: pues, d qué desarrollo se habla, es q Auschwitz es un paso d avance respecto al hormiguero?

Hablando d primates, Alfonso Silva Lee ofrece la siguiente descripción: “En cada grupo hay siempre un animal (a veces dos) cuya presencia inspira el respeto de todos los demás. En el siguiente escalón de la jerarquía hay otro animal que solo respeta muchísimo al primero, y que es muy respetado por el resto...y así sucesivamente hasta el último individuo, quien respeta a todos y no es particularmente respetado por nadie”. La especie humana es hoy una colección d “últimos individuos”. “*Was he happy, was he free?*”, se pregunta Auden en su poema al ciudadano anónimo; gozará d mayores libertades individuales q una abeja? Pero quién, alguna vez, sicoanalizó una abeja? No Jung, seguramente; en *An Answer to Job*, declara q,

While unconscious creation -animals, plants, crystals – functions satisfactorily as far as we know, things are constantly going wrong with man.

Tanto q notar en tan pocas líneas: la vida no humana definida como “creación”, además “inconsciente”, q se las arregla no obstante para “funcionar” con eficiencia, al menos “por lo que sabemos”. Y no es que se sepa mucho, aunque la observación d q a los humanos (“el hombre”) les van mal las cosas sea acertada. Quienquiera q haya “creado” este modelo, privó d consciencia a los eficientes y concedió la ineficiencia a los conscientes. O es al revés? En todo caso, si bien Jung estuvo más propenso q su maestro al “sentimiento oceánico”, no está muy lejos del esquema anterior.

Sentados junto al río, mi amigo Angel y yo bebemos cerveza, comemos pescado, conversamos (entre otras cosas, no somos tan serios) acerca del nacimiento d la técnica: apenas alguien salió a la intemperie con, digamos, un instrumento perforo-cortante, se inició un camino irreversible. Tal como lo muestra Stanley Kubrick en *2001: Odisea espacial*, del trozo d hueso a la taimada computadora: un solo salto. Frente a nosotros, del otro lado del río, se abre un espacio comunitario. Qué es, un villorrio, un “centro d trabajo”? En la distancia -no es tan ancho el río- este espacio pertenece al pasado. Y sin embargo, se mueve.

Un temblor incesante sacude este escenario paralelo; se vacían y se llenan tanques, se prende una fogata, hay un viene y va d hombres (todos son hombres) q se dirigen hacia un lugar, q podría ser un almacén o una “dirección”, del cual salen con las manos vacías, con la misma energía d baja intensidad, no por ellos menos insistente. Desde un punto d vista cultural, puede decirse q somos testigos d una “actividad”, d un teatro d “últimos individuos” en plena dinámica del estancamiento. En el agua d la orilla aparecen unas cabezas, son unos pescadores submarinos cargados d pulpos, criaturas inteligentes.

En este atávico show d “hombres trabajando” (q no porque no los escuchemos dejamos d notar q hablan d manera incesante, mientras fuman y gesticulan) resalta la crucial intervención del perro. D vez en cuando, un perro atraviesa el espacio, luego otro, en algún momento varios perros se reúnen en una esquina, deliberan en silencio, desaparecen. Famélicos, mudos, ellos q, d alguna manera son un producto d la

incontinencia humana, dicen lo q dicen y lo q dicen le niega su sentido a todo lo demás.

No tengo dificultad alguna en admitir q, d no haber existido un libro como *La selva interna*, probablemente no estaría escribiendo estas páginas. Mi deuda con Alfonso Silva Lee no me impide, sin embargo, percibir la contradicción q vive el autor respecto a la propia idea ,q intenta desplegar en su obra, d “desgastar la barrera” entre animales humanos y otros. No lo hago, sin embargo, por mero deleite crítico: el antropocentrismo no es un vestigio ideológico sino un elemento plenamente activo y constitutivo del pensamiento humano; a tal punto q habría q preguntarse si un pensamiento humano sería siquiera posible ahora sin su presencia determinante. Justamente por ello y, al preguntarme cómo escribir, y no, acerca d animales, saltan a la vista ciertos párrafos, ciertas ideas.

Por ejemplo, al discurrir acerca del tamaño del cerebro y precisar q el nuestro no es el mayor dado q es “superado -con creces- por el de la mayoría de los cetáceos y por el de los elefantes”, Silva Lee afirma q dado “ que estos animales se dejan capturar con relativa facilidad -y además no hablan ni tienen industrias-, tenemos que concluir que el puro tamaño del cerebro no es una vara perfecta para medir la inteligencia”. Desde luego q no, pero tampoco lo es el dejarse capturar “con relativa facilidad” puesto q las prisiones y los campos d concentración muchas veces se han repletado d seres inocentes e inteligentes q no han opuesto resistencia a sus captores, torturadores y verdugos. Estudiar el por qué d esta pasividad general tal vez contribuya a esclarecer cuánto d razonable y cuánto d irracional o “instintivo” participa en las operaciones del cerebro humano.

En cuanto a q las ballenas y los elefantes no hablan ni “tienen industrias” o q -dejemos al propio Silva Lee decirlo a su manera- “solo nosotros hablamos, cantamos, fabricamos casas, cosechamos verduras y hacemos arte”, es un caso típico del absurdo antropocèntrico q parte d la razón para llegar al disparate, d tal manera q es, por fuerza, más disparatado aun el refutarlo. D modo q no lo haré y, sin embargo, sí debo

subrayar la relación ilusoria entre tenencia e inteligencia, entre “tener” e “intelegir” puesto q si hay q admitir q los más inteligentes son los q más tienen (y, se infiere, los q más hacen), es entonces llegado el momento d renunciar a la condición humana y convertirse, por ejemplo, en hormiga.

Hay demasiadas evidencias q apuntan hacia la posibilidad d q poseer sea una d las formas más rudimentarias d la actividad vital, tan rudimentaria q solo con mucho afán de hipocresía podemos llamarlo “inteligencia”; si en algo la poesía y la física cuántica parecen estar d acuerdo es en q no somos ni poseemos nada, existimos y nos movemos en un momento y un espacio dados, eso es todo.

A fuer d ser justos, hay q decir q, más adelante en su libro, Alfonso Silva se inclina a revisar su afirmación respecto a la incapacidad d los otros animales para “hacer” arte. No solo menciona las coreografías d aves y peces, las arquitecturas d pájaros e insectos, la cola del pavorreal y las acrobacias d la ballena jorobada, no solo recuerda a aquel chimpancé llamado Congo algunos d cuyos cuadros fueron incluso comprados por Picasso, también refiere el uso q el pájaro pergolero d Nueva Guinea hace d las plumas del ave del paraíso, así como d otros elementos como hojas, ramas y frutillas para decorar “su primoroso jardín de amor”. Habría q recordar aquí otro libro, *Medusa & Co.* d Roger Caillois, por su análisis comparativo entre arte humano y elementos d belleza y simetría generados por animales, plantas y minerales, es decir, por la “naturaleza”.

Por último, al observar la evolución/involución, en fin, la deriva del arte contemporáneo, sobre todo a partir d la segunda mitad del pasado siglo, es difícil determinar, no sólo qué es y no es arte, sino incluso la medida en q ese fenómeno esté pasando por un proceso d “animalización” o, si se prefiere, “infantilización” en busca d una espontaneidad q se muestra más escurridiza mientras más se la persigue. En resumen, mientras q los animales no necesitan ser salvados por el arte, los artistas precisan d una complicidad radical con su propia condición d animales así como con el resto d los seres vivos.

Mis animales

Hay una calle en París que se llama Dr.Finlay
En la primera gran guerra murieron
Franz Marc y Alain Fournier
La cronología y el canon no aciertan
con el nombre apropiado para aquel magnicidio
donde en trincheras sin nombres murieron tantos poetas
Ah, la rue que je n'ai jamais visitée
Ah, la vie est finie

Los bocetos en ciernes conque Marc estudiaba
los maestros del Louvre et les lycées, cautivando
el destino cromático de animales futuros
tigres, venados, perros y gatos
ensoñando torres de caballos azules
que el emperador de Alemania ignoraba
junto a todas sus premoniciones
las de Franz, que los emperadores
jamás se anticipan a nada, superior a sus propias ambiciones

Hay ciertas calles en la Habana
rumbo al bosque a orillas del Almendares
sin Finlay, no dudes,
que de la fiebre amarilla te infestarías sin remedio

sin Fournier, jamás adivinarías
que allí se pierde un poeta sin nombre
en su microscópica jungla infinita
todos sus animales penden del espeso ramaje
no es difícil presentir sus siluetas, adivinar la impresión de sus talles
y cuando la ciudad calla, el rugido implacable de sus silencios

Voy a dejarte esta ofrenda ahora que lo pides
porque aquellos destellos se han hecho visión cierta
aquel ensueño mío de ópalo y jade entre seres ontológicos:
Una pluma del búho que atraviesa la primera hora de la noche
la mirada matutina que cruzo con el águila del abeto
tres escamas de la serpiente enroscada
en el camino que desciende de la montaña
los graznidos del osprey y del cuervo

El río Hudson llega al Almendares
a través de las aguas que cruzan nuestra sangre
Así atravesando un parque estás en el centro de un bosque
en medio de la ciudad camino de la montaña
y donde algunos vislumbran cierta señal bucólica
te encuentras un canal de transmisiones telúricas
Es natural el misterio, las frecuentes distracciones
que la ciencia llama aberración de la luz
que Thoreau hallara Walden y yo
soñara esta puerta labrada dentro del invierno:
Be not simply good - be good for something.
(Ser no solamente bueno - ser bueno por algo)

(Roberto Garrido)

Uno de los más antiguos ideogramas chinos, aquel que designa la “casa” o el “hogar” (家, *jia*), está compuesto por dos radicales básicos: 宀 (*mián*), que significa techo, y 豕 (*shi*), el cerdo. Esta equiparación del hogar con la representación de un cerdo bajo el tejado ha llevado a los sinólogos a pensar que esos animales deben haber sido muy importantes en la vida doméstica de la China de antaño.

La referencia le hubiera encantado a Chesterton, gran defensor del cerdo como mascota. Al asunto dedicó un ensayo delicioso, “Rhapsody on a Pig” (1909), bastante anterior a la moda de los cerdos vietnamitas como animales de compañía, que popularizaran George Clooney, Ariana Grande y Eugenia Martínez de Irujo, entre otras celebridades. Allí analiza el caso de una señora inglesa que, tras la petición de un Consejo Distrital, se niega a desprenderse de su mascota y acude a los periódicos para dirimir el asunto. Soportar las molestias del animal con que cohabita, tercia el escritor, es una elección personal, no tan diferente de otras rarezas socialmente aceptadas.

Para Chesterton, el derecho del cerdo a convertirse en mascota se basa, sobre todo, en su belleza:

Los cerdos son animales muy hermosos. Aquellos que piensan de manera diferente son los que no miran nada con sus propios ojos, sino solo a través de las lentes de otras personas (...) El cerdo tiene las mismas grandes curvas, ágiles y sin embargo rotundas, que vemos en las corrientes de agua o en las nubes pasajeras.

Tampoco es un caso excepcional de animal doméstico: compite ventajosamente con los caballos (“un animal huesudo, angular y abrupto”) y hasta con los perros (“durante cientos, si no miles, de años, nadie ha mirado a esa horrible cosa peluda y original llamada Perro. ¿Por qué, entonces, deberíamos desesperar con esa cosa sustancial y satisfactoria llamada Cerdo?”).

Sospechamos que tan apasionada apología (Chesterton llega incluso a pedir que se incluya al cerdo en el escudo inglés y se sustituyan los “ordinarios leones” de la columna de Nelson, en Trafalgar Square, por cuatro colosales cerdos Hampshire) podría ser, en el fondo, una exaltación solidaria: celebración estética de lo obeso, confundido a menudo con lo informe. “Si hay algo en lo que difiero de las instituciones monásticas del pasado –dice el ensayista–, es que a veces buscaban alcanzar la humildad mediante la delgadez extrema. Puede que los monjes delgados fueran santos, pero estoy seguro de que los humildes eran los monjes gordos”. Chesterton, obeso feliz como Falstaff, asegura que la gordura era cosa de risa, “y esa es una experiencia más saludable que el odio para el alma del hombre”.

Es curioso que el cristianismo haya conseguido apartarse de los monoteísmos judío e islámico en la consideración del cerdo, animal tabú por razones tan absurdas como justificadas, según el escoliasta o antropólogo de turno. Aunque en el Antiguo Testamento solo aparecen definiciones negativas de ese animal, en la posterior tradición cristiana abundan los ejemplos de cerdos buenos, compañeros y escoltas de los santos. El más famoso es, por supuesto, San Antonio Abad, cuyo acompañante fue primero un jabalí y luego un cerdo doméstico, afectuoso y protector. Ese paso metafórico de la bestia salvaje al animal domesticado tuvo mucho que ver, según explica Pastoureau, con la expansión europea de la orden de los antonianos, especializados en la cría porcina. En muchas ciudades de Francia, Inglaterra y Alemania estos monjes recibieron incluso el privilegio (envidiado por las otras órdenes monásticas) de dejar vagar libremente a sus cerdos, reconocibles por una esquila que llevaban al cuello, en los campos comunales.

En la tradición budista, el cerdo tampoco carga con la inevitable condición de animal apeestado. Recuerdo mi sorpresa cuando, tras varias horas de vagabundeo por las callejas antiguas de Kioto, a la entrada de uno de los últimos templos de Higashiyama, vi la estatua de un guerrero montado en un cerdito. Supe luego que se trataba de Marishi, deidad budista de remoto origen hindú, que ofrece protección y buena fortuna. También laureles y gloria, motivo por el cual los samuráis lo

reverenciaban y aún se le adora en muchas escuelas de artes marciales. Su secreto para garantizar el éxito en la batalla no era otro que la indiferencia: al superar el interés por la vida o la muerte se volvía invencible.

Marishi no es un ser humano, pero tampoco un dios: forma parte de los *bodhisattva*, seres ambiguos, más longevos, más poderosos y también más felices que los hombres. Se le representa en reposo sobre una flor de loto o cabalgando cerdos y jabalíes, y es objeto de un culto casi totémico, parte de esa religiosidad pragmática tan común en Oriente: “If you wish to be better in contests of wit or skill please gently stroke the statue with your right hand or both hands”. No era una estatua muy alta (a esas apenas se permite tocarle el pedestal), así que pude acariciar su morro de bronce antes de proseguir mi ruta.

Lo recordé meses después, cuando vi con mi hijo menor *Porco Rosso*, la conocida película de animación de Hayao Miyazaki. Me llamó la atención cómo un animal tradicionalmente denostado lograba convertirse en el héroe indiscutible de esta suerte de fábula moderna. La historia está ambientada a mediados de los años 20, en una Italia de entreguerras llena de fantásticas y ultradetalladas aeronaves, y su protagonista es un piloto de la Primera Guerra, que vive recluido en un islote secreto desde donde ejerce como cazarrecom-pensas contra los piratas que sobrevuelan el Adriático. No queda claro por qué Porco Rosso, antes Marco Pagot, se ha convertido en cerdo. La única mención a su estado es un *flashback* en el que vemos que antes fue un piloto militar y se nos hace saber que fue “hechizado”. ¿Por quién? No se dice. Porco/Marco, sin embargo, no parece demasiado incómodo con su apariencia. “Prefiero ser un cerdo a un fascista”, le confiesa a un amigo, satisfecho de mantenerse al margen de la locura belicista que ha contaminado a Europa (“eso se lo dejo a los humanos”, dice cuando alguien le propone comprar bonos del partido de Mussolini). Hay, como en todas las películas de Miyazaki, una historia de amor y un final ambiguo, donde intuimos que el héroe se ha liberado del hechizo, como en un cuento de hadas tradicional. Esa redención tiene que ver con Fio, la nieta adolescente de su mecánico, a quien revelará la ubicación de su isla secreta y callada pasión por Gina,

tres veces viuda y amada imposible. Antes de llegar al final de la película ya le hemos asignado al protagonista una categoría superior a la de muchos humanos: su delicadeza, su sentido de la ironía y su código caballeresco lo elevan, en una metamorfosis inversa a la tradicional, hacia un estado de salvación por lo sensible. “Un cerdo que no vuela –dice en algún momento el protagonista– no es más que un cerdo”. Esta defensa del derecho a soñar, a elevarse por encima de su propia condición, emparenta a este héroe-cerdo con Pedro el Rojo, el simio protagonista de “Informe para una academia”, célebre relato de Kafka. Pero también remite a Marishi, el guerrero espiritual al que la muerte en combate le resultaba del todo indiferente.

“Los cerdos son criaturas que pueden ser amadas, pero nunca son respetadas. Son sinónimo de codicia, obesidad y libertinaje. La propia palabra ‘cerdo’ se usa como insulto”, comentó Miyazaki en una entrevista. “Me repugna la idea misma de que el hombre se considere el fin último de la creación, elegido por Dios. Pero creo que hay cosas en este mundo que son bellas, que son importantes, por las que vale la pena esforzarse. Convertí al protagonista en cerdo porque era lo que mejor encajaba con mis sentimientos”.

Ernesto Hernández Bustos

(fragmento de su libro “Cerdos y niños”)

En una carta de la escritora norteamericana Flannery O'Connor puede leerse que, "el sentido moral ha sido extirpado, mediante la crianza, en ciertos sectores de la población, así como ciertos pollos son criados sin alas para que produzcan más carne blanca. Esta es una generación de pollos sin alas, lo cual supongo que es lo que Nietzsche quiso decir cuando afirmó que Dios estaba muerto".

Noto las frases "ciertas secciones de la población", "ciertos pollos", recuerdo una anécdota del documentalista John Pilger: mientras filmaba en Vietnam *The Quiet Mutiny*, el equipo de filmación y la tropa norteamericana a la que acompañaba se toparon con un pollo.

"Debe ser un pollo Vietcong, un pollo comunista", dijo el sargento y anotó en su reporte "Enemigo avistado".

Cuando el film estaba a punto de ser mostrado en la televisión británica, un directivo interrogó a Pilger acerca de "la fuente de la afiliación política del pollo". Se trataba realmente de "un pollo comunista" o podía darse el caso de que fuera "un pollo pro-norteamericano".

De pronto, sin que suenen necesariamente los metales del apocalipsis, contemplamos la plenitud de una civilización de pollos sin alas, o sin cabeza, predestinados, o prefabricados si se prefiere algo más actual, a servir de más carne blanca, de cañón o de presidio, carne de y para consumo, no distinta de la predestinada al matadero, el laboratorio o el zoológico.

Este Holocausto Industrial Global (HIG) no es lo que tal vez preveíamos leyendo, en la infancia, las historias de Kipling o Jack London, o al observar la hazaña de Dumbo – quien convirtiera en alas sus orejas– y las desventuras de Pinocho, rodeado de animales arquetípicos. Dicen que un periodista le preguntó a Pinocho si era niño, objeto o animal, y Pinocho respondió "Y un niño qué es, animal, objeto o Pinocho?", dejando zanjada la cuestión por el momento pues desde el punto de vista, digamos, de Hollywood, quien

es más animal, King Kong, Lassie o Rocky Balboa? Quien es menos humano, Frankenstein, Superman o el Rey León?

El mundo d violencia transgénica descrito en la cita d Flannery O'Connor no es el d Platero, tampoco había ya lugar para Toro Sentado o Caballo Loco q no por gusto llevaban esos nombres, ni es coincidencia q la frase se encuentre en un volumen dedicado a analizar “la era de la crisis del hombre” (*The Age of the Crisis of Man*. 2015).

Mark Greiff, el autor, se plantea la deconstrucción del papel central del Homo Sapiens en las historias comunes d la vida animal, por no hablar d la vegetal, llamando en su apoyo a Levi Strauss: “el objetivo último de las ciencias humanas no es el de constituir sino el de disolver al hombre”.

Salta a la vista q “hombre”, por sí solo, no alcanza para abarcar, pero si complicar, el espacio d las ciencias humanas y el q estas ciencias se apropien la tarea d disolver algo q ellas mismas contribuyen a conformar equivale al tour de force d observar la mente con la mente, la cultura a través d la cultura y lo humano mediante lo humano. Para quien habla d “pensamiento salvaje” (en inglés, *The Savage Mind*), un aborigen es un animal protegido, como Viernes, o “en vías d extinción”, como Calibán.

Hablando d deconstruir, Greiff cita a Derrida d una conferencia en John Hopkins (1966) incluida luego en *The Languages of Criticism and the Sciences of Man*: “siendo el nombre hombre el nombre de este ser que, a través de la historia de la metafísica o de la ontoteología – en otras palabras, a través de la historia de toda su historia – ha soñado con una presencia plena, un fundamento confortable, el origen y el fin del juego”. No puedo pasar por alto el hechizo d retruécanos tales como “siendo el nombre hombre el nombre de este ser” y “la historia de toda su historia”, ni tampoco q “end of the game” significa también en ingles “fin d la caza”, es decir, d las presas, las víctimas potenciales; en el discurso d Derrida conviven las presas del hombre y el hombre como presa del principio competitivo del juego. Greif declara encontrarse

preocupado por “la atribución de obligaciones, estatus o posición moral a categorías del ser que *no* eran hombres y mujeres adultos. Niños, animales, tierras incultas (*wilderness*), naturaleza, entorno, fetos, materiales biológicos, artefactos culturales, creaciones técnicas – en la mayoría de los casos, sujetos y objetos que no eran humanos. Eso requeriría ahora de otro libro”.

En verdad. Y sería recomendable comenzar con la observación de Fernando Pessoa: no existe naturaleza, lo que existe es el árbol, el pez, el río, la flor y a la amalgama que usamos para fundir todas esas instancias de vida individual llamamos “naturaleza”. Greiff termina su análisis citando a Melville:

“Encolerizarse ante una cosa inanimada (*a dumb thing*), Capitán Ahab, parece blasfemo”.

“Escúchame bien por una vez...Si un hombre golpea, tiene que atravesar la máscara de un golpe! Como puede el prisionero salir afuera sino atravesando la pared?”

El capitán ve al animal como una proyección de su propia colisión de egos y la “naturaleza” funciona como el muro a superar en la consecución de un verdadero libre albedrío; de cierta manera, la posición de Ahab es similar a la de Segismundo en *La Vida es Sueño*: la libertad dada “a un cristal, a un pez, a un bruto y a un ave”, ejemplos de *dumb thing*, solo es alcanzable atravesando con violencia la densidad de estas existencias.

El primer encuentro que registra *Génesis* entre un animal no humano y uno humano parece haber tenido efectos secundarios nocivos en la psiquis de la especie. El contubernio entre una mujer y una serpiente dio inicio a una saga de superstición y malentendido que podemos seguir por televisión, en cualquiera de sus versiones, más o menos sexy. Sin embargo, no todas las tradiciones antiguas registradas coinciden en este punto; no es necesario abrir un zoológico de ejemplos para acordarnos del sentimiento de armonía básica que subsume a todos los seres y, si no bastaran las antigüedades a mostrarlo –de hecho, no bastan– no hay que inquietarse, esa emoción está recogida en nuestros genes. Puede ser interpretada como maldición, como fuente de la

magia, tema d investigación científica o mera superchería pero aun cuando hayamos logrado convertirnos en máquinas no hemos podido dejar d ser animales.

Cuál es la relación entre niños y animales? Podemos insertar en nuestra mente consciente la idea evangélica d q “hay q ser como niños” hasta tanto eso no implique q haya q “ser como animales” q es justamente d lo q se trata, franciscanamente hablando y sin pasar por alto “los motivos del lobo” enunciados por Rubén Darío.

Es singular q la palabra “papalote”, q en Cuba designa al objeto volador también conocido como barrilete, *aquilone*, o *kite*, signifique “mariposa” en náhuatl. El tubo metálico entre el timón y el sillín d la bicicleta, allí donde el ciclista suele montar a su acompañante, es denominado “el caballo”; el instrumento utilizado para separar los autos del suelo y repararlos es llamado un “gato”, como si este al arquearse levantara la carrocería con el lomo; la llave d extensión cuya mandíbula abre d arriba hacia abajo, es decir cae, es llamada en ingles *monkey-wrench*, o llave d mono. Con esta llave entreabrimos las verjas del zoo: muchas lenguas testimonian la evocación perenne del Otro animal en el mundo q hemos creado, “mundo administrado”.

Es fascinante q los nombres d animales invadan el terreno d las herramientas, incluso d esa filosofía nacida d las herramientas q denuncia al “lobo del hombre”; en realidad, los nombres d animales y plantas impregnan la conciencia toda, incluyendo el imaginario mecánico tan extendido en los últimos siglos, hasta llegar a un punto tan íntimo como la fuente d la propia poesía. El primer poema conocido en la lengua escrita neerlandesa dice, más o menos, lo siguiente,

Todos los pájaros han construido nido
Menos tu y yo.



La posibilidad de armar un Animal Planet con poemas es tan tentadora como un hobby a tiempo completo. Comenzaríamos con el tigre de Blake, sin olvidar a su hermano que aparece en esta pieza de Edward Lear,

There was a young lady of Niger
Who smiled as she rode on a tiger.
They returned from the ride
With the lady inside
And the smile on the face of the tiger.

Poco a poco, con un cuervo de Poe y una gaviota de Alberti, con todos los cisnes, perros, leviatanes, ciervos, unicornios, águilas y, desde luego, cucarachas, con todos los especímenes reales o quiméricos, para empezar de lo mismo, organizaríamos el espectáculo teniendo en cuenta la observación de Blake de que una misma ley para el buey y para el león, es opresión.

Pero, una vez terminada la recolección no estaríamos seguros de haber contestado la pregunta de cuál es el límite verdadero entre animales humanos y no; en realidad, ni siquiera estaríamos seguros de haberla formulado correctamente. Siguiendo la advertencia de Blake, habría que temer causar algún tipo de “opresión”, cuando menos teórica, al lanzar al aire generalidades y especializaciones, estereotipos y enigmas. A ese monte, un teórico debería adentrarse desnudo, vestido de Mowgli o de chichiriku, es esa desnudez la que permite que Lydia Cabrera, por ejemplo, sin olvidar a Fraser o a Linnaeus, penetre en la zona de funcionamiento poético en la cual los seres vivos se comunican entre sí independientemente de órdenes y especies, para escribir un libro llamado, justamente, *El Monte*. Hablo de “funcionamiento poético” –lo cual es redundante pues poesía, en tanto que “acción” es ya funcionamiento– en el sentido en el que Charles Olson habla de lenguaje como “el acto del instante” en relación al “lenguaje como acto de pensamiento acerca del instante”. *El Monte*, como de otra manera *La Diosa Blanca* de Graves, estudia la formación de un alfabeto de plantas, animales y otros seres – que Linnaeus no osaría clasificar ni Fraser tomar en serio– con vistas a entender el

funcionamiento poético d una nación o, lo q es lo mismo, como un conjunto d seres vivos congregados en una isla comprenden y practican el acto del instante.



Capricho 42, "Tu que no puedes", 1797. Goya

He huído con vigor, he huído como un sapo,
he huído con la apariencia de un cuervo, casi sin descanso
he huído con vehemencia, como una cadena,
he huído como un corzo en la maleza,
he huído como un lobezno, como un lobo en la estepa,
he huído como un tordo de lenguaje avizor,
he huído como un zorro, habituado a confluír en los recodos
he huído como un vencejo que no sirvió de nada,
he huído como una ardilla que en vano se esconde,
he huído como las astas de un venado por una senda rojiza,
he huído como el hierro en el fuego incandescente,
he huído como la punta de lanza de la tristeza
de desear tristeza,

he huido como un toro bravo luchando con fiereza,
he huido como un hirsuto jabalí en el barranco
he huido como un blanco grano de trigo puro,
enredado a la falda de una hoja de cáñamo.

(*Fragmento d Hanes Taliesin, o leyenda d Taliesin. Gales, siglo VI.*)

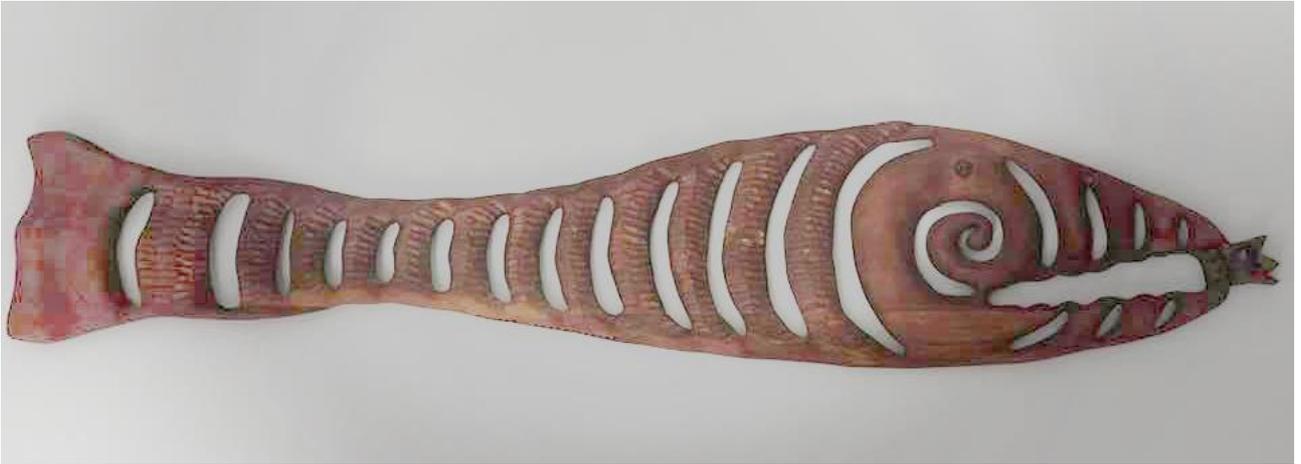


Pez. Azteca. Codice Magliabechiano.

Un corazón de rana, es preciso haberlo visto, separado del cuerpo, en un tubo de vidrio donde se le ha puesto un líquido conveniente que, continuamente, durante días y más días late. Más impresionante que en el pecho original de donde fue extraído, hay que haberlo visto, privado de todo, pero siempre valiente, ciegamente y vanamente en su acción, no distraído, cumpliendo sin un fallo, sin una vacilación su obra al latir, latir, latir en lo sucesivo para nadie, hacedor de un flujo regular como cuando en la naturaleza en el interior de un modesto batracio se encontraba adherido a las arterias y venas de un organismo, impulsando aproximadamente en cada segundo un flujo de sangre, de hematíes, y glóbulos...y el resto. Desde el embrión, desde el huevo estaba en marcha, se ponía en marcha, autor de la circulación.

Hacía falta tercos como él para lograr en tantas charcas y pantanos que saltaran ranas por todas partes, que tuviesen ganas de ello o no, las rezagadas como las otras, *propulsadas*, llevadas por el remolcador infatigable, condenadas a ir hacia adelante, por las buenas o las malas, condenadas al futuro secreto de la vida.

(Henri Michaux)



Toda la noche soñando despierto.

Visitando estrellas,

rodeado de vacas

Ligartija muelleseronte.

El perro no se estira,

muerde.

Viento del norte.

Las libélulas estáticas,

en su vuelo.

(Pez, escultura de Félix Torres Chaviano, autor de estos poemas)



De la tierra y del vuelo

Para María Cristina

De la tierra y del vuelo,
su pequeña coraza.
No anda nadie por el cielo.
Los pájaros bajan a la tierra
porque los ángeles no tienen patas.
Abren círculos de luz en los charcos
parten al gusano por la mitad
como a un axioma.
Desafían la gravedad.
No tienen leyes sino las del aire.

Emily Dickinsin vio la esperanza,
"esa cosa con plumas".
Mao Tse Tung vio el pájaro
enemigo de la revolución industrial,
"esa cosa con plumas",
comedor de arroz,
el gorrión contrarrevolucionario.

Yo he visto pájaros
cantar y pudrirse
como cualquier obrero de la construcción.

(poema e ilustración de Damaris Calderón)

En busca del terreno perdido entre la Bestia y las bestias

Tiempo atrás, cuando me llegó esta invitación a colaborar con este proyecto sobre animales, me sentía en ese estado que en inglés llaman “overwhelmed”. Lo que en otro momento podía haber sido gratamente recibido, en esas condiciones me representaba un esfuerzo extra que se sumaba a la agotadora y continua imposición de ser un animal que trabaja para pagar la guarida, el alimento, el agua, el combustible y todos esos “bienes” de los que no podemos prescindir ni uno mismo ni las crías. Ha sido la inesperada irrupción de “un microorganismo compuesto de material genético protegido por un envoltorio proteico” en el panorama mundial, quien me ha permitido un impasse en el que ponerme en sintonía con el proyecto aquel. El virus (y su efecto mediático) está haciendo estragos desde meses pero debo ser justa: este microorganismo que necesita de nuestras células para reproducirse, a algunos mortales nos ha traído apreciados beneficios. No hablo de economía, hablo de sosiego, de permanencia en el hogar, de preparar con calma los alimentos, de dormir lo necesario, de pasar más tiempo con quienes amo, en fin, que agradezco estas semanas sabáticas a pesar de todo. Y he aquí que de pronto estoy pensando en animales...

El tráfico ha descendido notablemente en la ciudad. En la calle de atrás del cementerio ya no veo, como era común, los cadáveres de las zarigüeyas aplastados contra el pavimento. En su lugar, he podido escuchar el crujir de una de ellas masticando con avidez y sin interrupciones una cucaracha de jardín. Yo no tengo jardín propio pero en los últimos meses he pasado noches muy cerca de uno y ahí he podido constatar que la ciudad está llena de animales que salen en las noches cuando los depredadores (léase humanos) duermen o se recogen. En el jardín de Ramón pastan los héroes de dos, cuatro o más patas, que han sobrevivido a la propensión humana a la jardinería extrema, a manejar demencialmente, a matar ardillas para

evitar que se coman los mangos, en fin... En ese jardín he visto un conejo blanco, bonachón, que fue agasajado con trozos de coles y zanahorias. La noche también propicia el merodeo de los gatos -uno de los cuales acabó espantando a Conejo Blanco-, de algún zorro furtivo de cola plateada, de una bella perra husky que entró en dos noches distintas como perra por su casa y bebió agua, saludó y se perdió. Sinsontes que trasnochan, salamandras que engullen maripositas de luz, sapos que hubiesen resucitado al mismo Basho con un sonido que es casi un graznar, palomas torcazas que zurean al amanecer...

Esto ocurre en un barrio popular de Miami, en la frontera con la Pequeña Habana, muy cerca del boulevard donde se congregan esculturas, bustos y tarjas que pretenden reverenciar la memoria de una Cuba fallida pero añorada, postergada pero nunca olvidada. En medio de ese paseo -ahora cerrado por esas cintas amarillas que hablan de peligro- y según me indicó Ramón una noche, está la ceiba que la artista cubana Ana Mendieta intervino luego de regresar de su segundo viaje a Cuba, en 1981. La "obra" -recordemos que curiosamente esta palabra además de servir al arte sirve a la santería- es un dibujo de la silueta de un hombre hecho con pelo humano. El impasse de la pandemia me permite pensar en Ana Mendieta, en su búsqueda de fusión con la Naturaleza, el préstamo de su cuerpo para activar intuitivos rituales de comunión cósmica. Un brigadista de Alpha 66 nunca hubiese imaginado que lo mejor de la Patria puede atesorarse en el corazón de una caverna. La artista hizo dos viajes a Cuba en 1980 -justo el año en que sucede el éxodo de Mariel- y en 1981. Como un animal que marca un territorio, dejó su huella en un par de cuevas localizadas en las Escaleras de Jaruco; una de ellas se nombra la Cueva del Águila. Estas esculturas rupestres eran representaciones de diosas de la cultura taína, la cual había estado estudiado con fruición. Los taínos en su cosmogonía daban por sentado que la vida humana había nacido en el interior de las cuevas, así como que los genitales de la mujer fueron creados por un pájaro carpintero que había ido socavando con su pico hasta hacer aflorar su sexo tal cual es. En ese boulevard, en las noches sin pandemia, merodean los travestis que seguramente desconocen esta leyenda, pero que tal vez se hubiesen ahorrado algún recurso de saber que un pájaro carpintero hubiese podido

ayudarles a obtener el milagro de cambiar sus genitales sin necesidad de quirófano.

Ya ven, el ensueño de mi pereza produce monstruos...

Muy cerca de este boulevard patriótico y su ceiba, encontramos el puesto de frutas y guarapo conocido como “Los Pinareños”. Hay pocos lugares en Miami tan genuinamente cubanos, y más que cubano, puedo decir criollo, con un deje a campo y a bohío que no puedo pasar por alto. A Guillermina, la dueña, la conocí por casualidad comprando jengibre en un supermercado. Hablamos de las bondades del tubérculo, de ahí pasamos al berro y de ahí a la inevitable nostalgia. Salté de alegría cuando me dijo que había nacido y vivido hasta muy jovencita en las inmediaciones del Pan de Guajaibón. Lo describió como un lugar próspero donde su padre trabajaba para un americano que tenía propiedades allí. Le conté que esa montaña era para mí un lugar muy querido. La pinareña desconocía que en tiempos de los rusos en su cima hubo una base militar. Tampoco le hice saber de la miseria extrema que vi en las casas de algunos campesinos que allí malvivían. En lugar de eso le comenté de la increíble frescura del río La Canilla, del silencio amable de sus cuevas, del majestuoso árbol de mamey que custodia una de las entradas de la Cueva de la Lechuza. Callé que en una de esas cuevas vi por primera y única vez en mi vida a una lechuza blanca. Callé también que una vez estando en el río, una rana saltó a mi nariz y con ella hube de caminar muy despacio para no espantarla, mientras unas lágrimas de emoción me corrían por el rostro. Creo que me confundió con un ser de naturaleza arbórea; sin dudas la silocibina era mi aliado involuntario en ello. Visité a Guillermina un tiempo después, le llevé una foto del Pan como me había pedido, tomé un jugo de frutas sentada en una de las mecedoras del patio, las gallinas correteando alrededor. Me sentí, como pocas veces acá, muy cerca del terruño aquel. En estos días pasé y el lugar estaba cerrado, igualmente que casi todos los locales públicos de la ciudad.

Ante el recogimiento humano se reporta que en muchos lugares del planeta hay animales recuperando el terreno perdido. Leo un artículo de la *National Geographic*: “Con los humanos confinados, la naturaleza y los animales están regresando a sus espacios.”

“Pájaros cantando, jabalíes caminando por la ciudad y delfines de regreso a las costas.” “Se vieron jabalíes en Barcelona y a un puma silvestre deambulando por las calles desiertas de Santiago de Chile.” “Algunos pájaros dejan de cantar cuando hay ruido.” “La cacofonía humana es beneficiosa para los animales en plena primavera en el hemisferio norte.” Lástima que todo esto sea solo una moratoria, que se atenúe cuando desaparezca el fenómeno viral. Es primavera. Hace un par de días pudimos regocijarnos con la visión de la primera superluna del año, llena, de apariencia rojiza. Recuerdo un haiku de Busson:

Qué luna:
el ladrón se detiene
a cantar.

Mientras los animales recuperan el terreno perdido o robado, y los humanos nos debatimos entre el pánico y el recogimiento de la cuarentena, hay personas que se convierten en pájaros de mal agüero. Anthony Fauci, autoridad máxima en enfermedades infecciosas en Estados Unidos desde hace casi dos décadas, ha declarado que después de esta pandemia deberíamos considerar el no estrecharnos las manos como rutina social. Ese saludo de cortesía, que a los latinos, acostumbrados a besos y abrazos, nos parece de una cierta frialdad protocolar, está en entredicho. Fauci, que recibió alguna vez de manos de un presidente norteamericano la medalla de la libertad, podrá ser un gran epidemiólogo pero me parece un animal afectivamente retardado. Parte de la salud, estimado señor, descansa en la manera en que nos relacionamos los seres humanos. ¿O ya tantos años de laboratorio le han hecho olvidar que el sistema immune reacciona extraordinariamente bien a los efectos del contacto físico y la confianza como sentimiento gregario que también es? ¿O acaso está cercano el día en que caminar con una rana prendida a la nariz será más

verosímil que darle un abrazo a un semejante? Me reconforta recordar que somos también animales, pero no quiero pensar que de los peores, esos donde la inteligencia, más que un acicate suele convertirse en un aguijón emponzoñado.

María Cristina Fernández



(dibujo de Omar Pérez)

Louis Bolk. *El hombre-problema. Retardación y neotenia*. Editado por William González. Universidad del Valle, Cali, 2007

Jean Chaline, en *Les Horloges du vivant*, citado oportunamente por González en el prólogo, apunta al rol q desempeñan “los pequeños relojes de lo vivo” en la construcción d la morfología individual, al intervenir “según una secuencia programada muy exigente que funciona a velocidades diferentes”.

Teniendo en cuenta lo anterior, así como la idea q sobresale una y otra vez en las páginas d este libro d q las mutaciones desregulan el funcionamiento d los relojes ancestrales, temas vinculados a la superposición d tiempos y mundos diferentes, pasemos directamente al aria del gran final d Bolk:

“Hemos dicho que la velocidad del desarrollo del hombre disminuyó cada vez más. El acceso al estado adulto fue sin cesar diferido, el crecimiento se desaceleró [...] No debe verse en esta desaceleración una carrera de la humanidad hacia su futura desaparición?” Y advierte,

“Entre más la humanidad avanza en el camino de la humanización, más se aproxima al punto fatal donde progresión significará destrucción”. Para concluir con un trozo de Nietzsche: “perecerás por tus virtudes”.

Sin pasar por alto la pauta de lo económico-deportivo (velocidad, desarrollo, carrera, crecimiento, desaceleración y, eventualmente, rewind), queda claro que el retardo del crecimiento, o neotenia, es una condición indispensable para comprender el “camino de la humanización” u hominización, ya se verá que son aproximadamente el mismo concepto. De ahí que Edgar Morin llegue a decir (*Le paradigme perdu: la nature humaine*) que “la complejidad sociocultural necesita absolutamente de una larga infancia”; por un lado, los factores fisiológicos, probablemente endocrinos según Bolk, que desencadenan los mecanismos de represión y supresión que distinguen a la neotenia y por el otro, la “presión sociocultural”, en frase de Morin que sabe, como buena parte del libro, a Freud, mantienen a este primate por el sendero correcto.

Para William González, la “juvenilización del adulto nos impregnó ciertos caracteres fetales y de animal joven, de tal forma liberó al hombre de los caracteres especializados relacionados con una adaptación y un medio particulares. Esto nos permitió crear competencias generales y ‘cualidades poliadaptativas’”. Esta juvenilización, nacida de una liberación de los caracteres especializados, o como también se dice de un grado “pobre” de especialización ha transformado al adulto humano en una máquina de proveer especializaciones; las competencias generales y cualidades poliadaptativas, tan necesarias en la jungla como en la Serie Mundial de Baseball, nos sirven para confrontar las exigencias de la “complejidad socio-cultural”. Antes de presentar los rasgos fetales o “de animal joven” que sustentan el discurso morfológico y biológico de Bolk, en el primer texto del libro (*La génesis del hombre*, 1926), hay que tener en cuenta su punto de vista respecto a la evolución: “la evolución no es para mí un *resultado* sino un *principio*. Ella es para la naturaleza organizada lo que el

crecimiento es para el individuo...”; es decir, un principio q opera en el contexto d una “naturaleza organizada” con vistas a general un crecimiento, es un principio-resultado y opera como tal.

Guerrero jaguar. Códice Magliabechiano.



Estos escarceos al estilo Kantinflas sirven para anticipar q la teoría d Bolk, por conmovedora e incluso chocante q pueda parecer, sostiene aun el programa d criaturas en tanto q modelo d eficiencia “a la humana”. Los rasgos son, entonces, la retardación d la dentición (respecto a la d los otros primates), la retardación d la actividad sexual (no solo respecto a la d otros primates sino a la potencialidad misma presente en los infantes humanos), la escasez d pilosidad q, como carácter fetal d los primates, se mantiene en el humano, con las variaciones eventuales q no alteran lo q Bolk llama “la desnudez plena del hombre”

La desincronización con los relojes ancestrales y su expresión en mecanismos de represión y supresión, no es resultado de causa externa alguna: “ni influencia meteorológica ni proceso d selección: es una causa interna al organismo el agente de este proceso”. Si tenemos en cuenta lo q afirma el etólogo Boris Cyrulnik, en diálogo con Morin, “el hombre puede convertirse en adulto y reproducirse cuando su cerebro

está aún en estado fetal”, podemos avizorar la dimensión del proceso. Cyrulnik llega a comparar tal condición al síndrome de Alzheimer, en el momento en el cual el cerebro “se funde” mientras “otras células continúan agitándose”, por cierto una óptima descripción de la sociedad humana, con todo y sus controles culturales, metáfora especular que se repetirá a lo largo de este paseo por la neotenia.

Otro rasgo fetal persistente, cuyo análisis resuelve, según Bolk, “el enigma de la forma humana en su conjunto”, son las curvaturas del eje corporal del feto, que desaparecen en los cuadrúpedos y los humanos conservamos en “la parte final del cráneo”, donde dicho eje se conecta con “la protuberancia frontal de la osamenta facial”. Para comprobarlo, Bolk nos invita a comparar el cráneo de un embrión humano con el de un canino.

“Los dos son muy parecidos”, dice Bolk, solo que la curvatura fetal antes mencionada desaparece en el proceso de ontogénesis canina y permanece en nosotros: *“las características fetales son más notables en la cabeza, que en cualquier otra parte del ser humano”*, subrayado de Bolk. Para un ignorante -el que esto escribe, sin ir más lejos-, este detalle puede pasar por meramente vestigial, intrascendente; para Bolk, quien considera la verticalidad humana un “carácter consecutivo” de la fetalización, este es un rasgo crucial: “es porque la curvatura craneal fetal ha sido conservada en el hombre que este puede erguirse”, interpreta González.

Nos encontramos, pues, erguidos ante el rompecabezas. Para Bolk, “es porque el cuerpo tomaba un aspecto humano que el hombre se ha puesto de pie” y no viceversa; esta es una idea no solo hermosa y espléndidamente bien planteada sino que también nos devuelve al proverbio hindú, “sabemos que existe una causa y un efecto, pero no sabemos cuál es cuál”. Tal vez nuestra idea, redactada a posteriori, acerca de lo que ocurre u ocurrió, no coincida siempre con la sincronidad de los “relojes ancestrales” o, para decirlo de otro modo, el pensamiento instrumental moderno no es lo suficientemente “ancestral” para encontrarse con lo que Bolk considera “el bion humano”, la información específica que nos definió y sigue definiéndonos en el proceso inconcluso denominado ontogénesis.

“Un ser fundamentalmente y por siempre *inacabado*”, subraya Georges Lapassade, “nacido prematuramente, enraizado en su infancia: este es un tema desarrollado sin duda antes de Bolk y expresado en los mitos de los primeros filósofos...” y también por algunos entre los últimos. La “juvenilización” e “infantilización” de la sociedad es uno de los tópicos claves en el mito de la “cultura de masas”, tal como aparece, por citar solo un ejemplo, en las investigaciones de la escuela de Frankfurt y no es acaso el posmodernismo un intento adulto de infantilizar los discursos patriarcales?

Para Lapassade, en *L'entree dans la vie. Essai sur l'inachevement de l'homme*, “el orden domina el cambio. La filosofía inventa sistemas que desarrollan un discurso unificado y coherente, en donde el pensamiento de la inmadurez no tiene lugar: solo podía significar la carencia, el no ser, la privación. El mundo de los griegos comienza con el caos y se termina con la belleza inmóvil del cosmos. La literatura sigue siendo ‘clásica’, obedece a reglas que miden y dominan las incertidumbres previas a la invención. La improvisación, la espontaneidad creadora son tan solo fases preliminares que no se deben mostrar, son rechazadas como es rechazada la infancia detrás de las máscaras de la inmadurez. El orden reina”.

Inmejorable como catálogo de síntomas de la “hominización” o conformación pragmática del “mundo” en tanto que representación rígida del universo; como no pocas veces sucede, los griegos cargan con la responsabilidad por miles de años de minuciosa pereza mental. Olvidamos a Heráclito (“Caos, supremo orden”, “Al timón de todo, el relámpago”), así como aquellas primeras ontologías y aporías de los poetas del pensamiento que dejan claro, si bien algo de sensibilidad poética sea necesaria, que el “todo” no es más que una fase preliminar y que, por lo tanto, pretender organizarlo y fijarlo en moldes eternos no es, precisamente, una empresa biológicamente sustentable.

“Provengo de una especie loca”, dice Dany-Robert Dufour en *Lettres sur la nature humaine a l'usage des survivants*, locura que emana de la “presencia disipada”, no ser en el instante sino antes o después, lo cual nos involucra “en una dimensión que los verdaderos animales (el subrayado es mío) no conocen y que es simplemente la del tiempo”. Descubrir entonces al tiempo como parásito del espacio, lleva a Dufour a

presenciar, en su “insigne debilidad”, la cualidad ontológicamente parasitaria de la propia especie en su representación “biocultural”.

La noción de Lapassade de que “en la cultura el adulto encarna más el pasado que el porvenir”, sin contar jamás con el presente, salvo como catalizador de la producción cíclica de pasado y porvenir, es ella misma signo del “inacabamiento esencial” que menciona Bolk, al tiempo que intenta acomodarlo en los mismos marcos racionales, parasitados de tiempo, de sus predecesores.

Por último, hay que hacer notar la referencia que hace González a los trabajos realizados por Jacques Poulain, a partir de Bolk y Gehlen, intentando mostrar el papel del sonido a la hora de colaborar con un “defectuoso sistema instintivo” e impulsar a la criatura humana hacia otra condición biológica; hay aquí una inclinación hacia una perspectiva “no intelectual” del lenguaje, para decirlo a la Poulain, “una escucha de la escucha” que va desde la “escucha intrauterina”, el balbuceo, hasta las “casi palabras” de las cuales “guau guau” o “miau miau” serían algunos de los ejemplos más recurrentes. Concluye su prólogo González advirtiéndole la coincidencia entre el esquema neoténico y las criaturas de la industria cultural y la cultura industrial: hoy podemos creer que Spiderman inventó las arañas, disfrutar al ratón Mickey como caricatura del ser humano –sin necesariamente llegar a precisar si lo contrario también ocurre-, pasear en Volkswagen disfrutando su condición de auto neoténico por excelencia, “casi un carro de juguete”, exclama González... y como podría no serlo tratándose del “carro del pueblo”. Siguiendo esta línea que menciona González de “objetos redondos bonachones” que conmueven e incitan al consumo, incluso ese buda de porcelana junto al televisor, o el teléfono, puede funcionar como dispositivo neoténico.

La relación entre infantilización consumista y manipulación industrial de las emociones que González realza en el prólogo – asunto, insisto, al cual los fugitivos de Frankfurt prestaron especial atención durante la estancia en Norteamérica- desembocará entonces, neotenia mediante, en el *homo compensator* de Odo Marquard (*Filosofía de la compensación*); en cuanto a la conclusión a la cual llega el prologuista: “Así pues, la neotenia nos ha abocado a la filosofía y por ende, toda vida es en sí misma filosófica”, tiene la apariencia de una “consolación por la filosofía”, algo que no

viene mal al leer *El origen racial de las características del hombre* (1929), el segundo texto de esta compilación que ya ha sido denunciado como racista por Stephen Jay Gould o el propio Dufour. Pasaría por alto, con mucho gusto, su análisis para centrarnos en la pregunta acerca de la existencia de un verdadero bion humano, notando que la respuesta de Bolk (“De esto no hay la menor duda”) no parece ofrecer más que una sólida esperanza.

Y si nos detuviéramos en la afirmación “la división de la humanidad en razas superiores e inferiores se encuentra plenamente justificada”, no lo haríamos con el fin de lanzar el grito de “Racista!” sino a penas para mostrar un desacuerdo, no moral sino más bien dinámico, respecto a cualquier fragmentación utilitaria de los seres vivos, sean animales, plantas u hongos. La escuadra inferior-superior, por sofisticada que parezca, no es aplicable a todos los campos. Vivir no es biología, si bien esta le brinde al vivir explicaciones y hasta soluciones válidas.

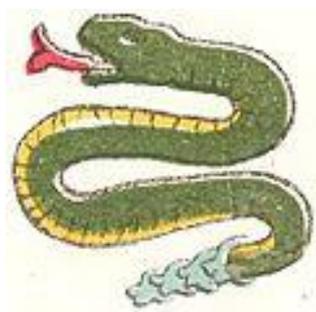
Y dado que descarto el valor universal, pues de ello se trata, de la afirmación de Bolk, veo entonces con apasionado distanciamiento su germánica convicción en un bion humano, preferiblemente ario. Y si mencionaba a los hongos y su delicada posición entre plantas y animales no es solo porque ella desafía todas nuestras posibles concepciones acerca de razas y ordenes sino porque el propio tema de la retardación como factor evolutivo, puede estar vinculado con la concepción que algunos estudiosos (o más bien estudiantes) en el terreno de la etnomicología, tienen acerca del papel de los hongos en el proceso llamado “humanización”



Terence McKenna, por citar un ejemplo, considera la presencia de los hongos llamados “alucinógenos”, o “enteogénicos” en la dieta de los incipientes humanos, un factor decisivo en su evolución; sin pretender forzar una coincidencia, tanto la teoría de McKenna como la de Bolk presentan una salida propiamente humana a la evolución animal y ambas están basadas en modificaciones fisiológicas, metabólicas. Según McKenna, el consumo de alcaloides tales como la psilocibina, a través de la dieta habitual, “mejoró nuestra facultad de procesar información o sensibilidad ambiental, y por lo tanto contribuyó a la repentina expansión del tamaño del cerebro humano. Doy por terminada, con esta digresión, la lectura del libro de Bolk, preguntándome si, tal vez, al mitigarse el vacío de información y el lleno de prejuicios respecto al origen de la criatura humana, ambas teorías pudieran llegar a ser complementarias.

La *Revista de la Universidad de México*, en su número correspondiente a diciembre 2017-enero 2018, publicó un artículo, “Bestiario de fieras psicotròpicas” dedicado a lo que llama “zoología alucinògena”; el autor, Andrés Coto Hiriart, menciona 4 especies diferentes: la abeja gigante del Himalaya (una subespecie de *Apis Dorsata*), el sapo del desierto de Sonora (*Bufo Alvarius*), la rana gigante de hoja del Amazonas (*Phyllomedusa Bicolor*), un pez del grupo de las doradas (*Sarpa Salta*). Refiere también la costumbre de fumar escorpiones secos en Pakistán, Afganistán y algunas zonas rurales de la India (con efectos “equiparables a los de la mescalina”), el consumo de la sustancia nombrada Umm Nyolokh (“que el pueblo humo codicia por sus propiedades alucinògenas”), elaborada en Sudán a partir del hígado de jirafa, y concluye aludiendo a “reportes sobre serpientes, esponjas marinas, hormigas y aves cuyos tejidos podrían albergar sustancias psicoactivas prometedoras”. El tono general del artículo es frívolo y casi publicitario.

La abeja gigante del Himalaya (“la especie productora de miel de mayor tamaño del planeta”), cuyo néctar llega a venderse en el mercado negro local a \$150 el kilo, confecciona una miel de propiedades psicoactivas que aparecen descritas en otro artículo citado por el autor: “The Last Honey Hunters” de Mark Synnott, *National Geographic*, julio 2017. No deben ingerirse más de 3 cucharadas. El sapo contiene bajo su piel “las dos sustancias psicoactivas más potentes que se conocen”, correspondientes a la familia de las triptaminas: “para tener acceso al rampante frenesí alucinatorio uno no lame al sapo sino que se lo fuma”. Aquí el autor remite al artículo de A.T. Well y W. Davis, “*Bufo Alvarius*: a Potent Hallucinogen of Animal Origin”, *Journal of Ethnopharmacology*. La



Phyllomedusa Bicolor, por su parte, posee secreciones cutáneas ricas en demorfina, deltrofina y, por supuesto, phyllomedusina, cuya ingestión

provoca “una especie de furor global” e incluso la defunción del usuario, por lo cual “ha comenzado a recibir atención de la prensa” (“Kambò, el polémico veneno que se usa en Sudamérica para curarlo todo”. Leire Ventas, *BBC Mundo*, 27 abril 2016).

Finalmente, la *Sarpa Salpa* puede provocar, al comerla “delirios febriles y pavorosos, alucinaciones visuales y auditivas que duran cerca de 36 horas” y q el articulista describe como semejantes, en algunos casos, a los efectos del LSD “en su carácter más pesadillesco”. Aunque aquí parece tratarse d accidentes culinarios más q d consumo con el fin deliberado d alcanzar algún tipo d “estado alterado”.

Desde luego, al menos dos d estas practicas – las basadas en el consumo del sapo del desierto d Sonora y la rana gigante del Amazonas- provienen d tradiciones rituales antiguas q, al igual q lo q hoy ya sucede con la ayahuasca, y otras sustancias vegetales, empiezan a verse degradadas por lo q podríamos llamar el turismo d lo extraordinario, suerte d deporte d alto riesgo a nivel neurológico.

Solo queda preguntar si los animales alucinan cuando devoran seres humanos.

Coatl, serpiente. Codice Magliabechiano

Un señor corpulento pasa por la avenida con su Gran Perro Peludo.

Luego pasa un perro pequeñito, solo.

nada hay más animal que una conciencia limpia

Wisława Szymborska



Edouard Manet *Escena de lidia de toros* (1865-1866)

En el vasto paisaje de árboles
el invierno aparece.

La lluvia es cómplice
de la demolición
del campamento.
Estrategias del tiempo.
Campos de batalla
donde unos caen y otros
apenas sobreviven.
Los osos duermen
pero no los hurones.
Entre salvajes,
la rabia es emisario.
Ataque repentino
de uñas rasgando mi barriga.
Ante el chorro de sangre,
el terror y la mordida,
las balas arrasan al hurón enfermo.
Ahora se congregan cada noche.
Les crecen máscaras a las tribus,
lavan sus garras en el agua.
Frente al muro,
unos me miran de reojo.
La matriarca se acerca,
se esconde detrás de la cortina.
Las estrellas concurren
mientras ellos devoran,
se fajan, se muerden,
se roban los pedazos
y cargan los despojos.
La más débil
tiene un solo ojo

y una pata.

Queda atrás.

Es el sacrificio de la tribu,
el pago final, la diferencia.

A los otros, también,
la cacería los sorprende.

La piel, su identidad,
los lleva a la miseria.

En el vasto paisaje
la tribu de hurones
pasa de un continente a otro
dejando el agua sucia.

Se arman,
vigilan.

Por las hendidjas,
uno de ellos entra
buscando semillas.

Chillidos, rápidas sombras.

El gato lo atrapa,
lo lleva apretado
en los colmillos.

No sabe,
sigue el instinto,
la matanza.

.....

Fui a ver al perro.

Un perro viejo, acabado,

de orejas largas
y de ojos con legañas.
Hacia dos días que estaba inmóvil,
delante del portal de una casa que no era su casa.
No comía.
Arrastraba una soga quemada que llevaba al cuello.
La arrastraba despacio.
Las patas zambas, la cara vieja, serena.
Actuaba como si cuidara su casa y yo fuera una extraña.
Si no fuera porque yo soy una y él es lo que es
pensaría que tiene razón.
Pero no, no es ningún perro de casa
y además se está muriendo.
Está viviendo de ilusiones.
No come, no duerme y arrastra la soga del ahorcado.
La cerca de ese jardín desierto está abierta,
pudiera salir de ese jardín prestado,
marcharse, quizás hasta salvarse.
Tarde o temprano lo echaran a patadas,
Pero no, sigue inmóvil, me amenaza.
La puerta está abierta David, Davito.
Fui con la idea de llevarlo conmigo,
arrastrarlo con la ayuda de la cuerda de mi perro muerto
y empezó a ladrar con una piedra en los dientes
a un Goliat vencido, soy yo,
mente gangrenosa de perro.
Si no fuera porque arrastra la cuerda del ahorcado
y tiene los huesos abiertos
y la sarna canta en sus orejas
creería que es el perro dueño de la casa

y yo el ladrón de sus sueños.
Fue entonces que me entró el dolor en el pecho.
Serenidad él, ansiedad la mía.
El confronta su cuerda.
Este tremendo dolor me seca los labios.
Yo sé, y el no, la alternativa del que arrastra la soga.
Inquietante, oscura, melancólica.
Uno piensa una y otra vez
en esos momentos que una toma una taza de té
o echa sal al arroz:
Muerte sabes a sal de carbón.
Aun si tratara meticulosamente y sin escatimar
el acto de pensarme ahorcada no puedo aprehenderlo.
No hay posibilidad de ser exacto y no siendo así
soy asaltada por caracteres y juguetos
introspecciones y paraguas
que hacen posible un arroz carbonato.
Muerte sencilla, rápida, impertinente,
desabrida, salada muerte.
Angustia de comensales epicúreos
mirando la soga del ahorcado en el cuello de un perro
me lleva a revisar posibles entierros,
Me duele el pecho, David, Davito.
Sí, hoy la muerte llegó
y al igual que en el caso del perro
no sé si es verdad o si vivo como él de ilusiones.
En pasados momentos de angustia,
sugerí ideas a mis imaginarios compañeros.
Ojalá que siguieran el entierro judío.
Desnuda y atrapada en una sábana blanca.

Sin maquillaje y con una moneda en la boca.
Con la moneda una paga el pasaje de ida
a la ciudad reventada de terremotos.
Un gondolero, no, un perro, sí, un perro, Davito,
dice que pone zapatos a los muertos descalzos.
Dicen que en la ciudad al judío
se le hace rezar el vía crucis
en caso que la moneda no fuera una lira.
Póngame dos monedas.
Una hebrea en la boca,
y una lira en la mano derecha reposando en el pecho.
Sí, tengo la cara de entierro.
Tengo ojos,
los veo cuando paso delante de los espejos.
Hay un movimiento rápido, una sombra pasa.
No es como antes, las cosas han cambiado.
La ausencia es presente
y es un traje definitivo,
límpida en su absoluta nada.
Es como un velo de éter, un lago de vidrio.
No puedo hablar y aun cuando quisiera decir
que me he ido de este mundo
estoy susurrando a ti en secreto.
La ausencia está en la lengua.
Es como el aire del mar o viceversa.
Veo desde la muerte, y oigo.
Los sonidos suenan como de lejos.
Lo asombroso de la extraña percepción
es que no hay vibraciones
sino reflejos de inflexiones

de voces fragmentadas, apagadas.
Hay ondas en el espacio
que evocan al movimiento mudo.
Hace 10 años fui a visitar a una mujer famosa
por leer las palmas de la mano.
Me dijo que veía un accidente, un evento.
Ahí, en la palma de la mano,
en la línea de la vida estaba la separación.
Su rostro era dramático.
Tres meses más tarde la llamé.
Me dijo que fuera.
Toqué el timbre, no abrió.
Quería yo cambiar el curso del destino
como si fuera posible juntar
la cuerda rota del perro
con la cuerda de mi perro muerto.

(Magali Alabau)



Margarita García Alonso

CAPhADo

Para Mimi Vuvuzela Pérez.

Un animal atado a una piedra, ligado a la soga, arrastrado en el parque. Tratan de amedrentar al pequeño, pero tiene hado. Atado, ligado, arrastrado, provoca.

Desvía la mirada, no estoy sentada en papel protector, nadie confía en lenguas exóticas.

Negros, blancos, rayados, desembarcan con resina y exhuberantes plumas entre plumas atrofiadas. Serán manjar de gato. Pajarracos, reencarnaciones de gente que huye. Este se fue y dejó a la madre, aquel pensaba en el colesterol cuando escribía textos ligeros, letras delicadas, sonidos breves, repeticiones con límite ateo, super mega puntiagudos. Su cuerpo necesita producir hormonas, sustancias que ayuden a templar el texto. Sin embargo, impotencia, no suelta, aprieta la lanza de la verdad, la realidad, la autoestima, la nación, lalalalala, lancero. La guataca con miedo a la oscuridad, la la la. Soy LA, la que no soportó el fondo.

Pájaros que se dejan caer, atraídos por catedrales con pararrayos. El eléctrico no pasa, el manso puede que circule hasta la plaza, sobre ladrillos pulidos por lluvia tras lluvia. Aguacero sin olor a tierra. A cualquier hora.

Música de órganos: Antonio de Cabezón, Dietrich Buxtehude, Mozart y Haydn, art art art, hay hay hay, ay, Johannes Brahms, wrams brams, la tripa revuelca hambre.

Si miro al lobo, aúllo. Si miro al que palea trigo, suda la espalda. Si miro al hombre de la escopeta, pierdo.

Miro al borracho, duerme junto a ratas. Miro al anciano, despedaza migajas para hormigas. Matahambre en polvillo.

Miro en la estación de trenes a mujeronas, acompasan el trasero entre locomotoras, buscan animal que penetre. Quieren ser sacudidas de adentro, aceptadas de afuera, la animalidad, soltarse.

Miro un curiel aplastado. Miro al perro abandonado en la autopista. Miro al conejo que acarician, dentro del pomo es paté. Miro al perro, otra vez, vienen de capar su ego.

Entonces miro al académico, arrastra un extenso tratado de zoología.

Observo,

el animal busca garra para arrancar las entrañas al que vende verduras junto a tripas de cochón engrasado con trigo. El puerco no corrió, no fue cazado, lo empujaron. Al bajar, el chucho eléctrico le destrozó el corazón.

El negro ofrece agua. Quizás sea saliva. El blanco se agita y no logra ubicarse. Boquea ciego. El último en salir también tiene derecho, no tiene nombre, pero empuja la historia dos centímetros, o seis,

depende,

muchos desaparecen.

El primero es leyenda, el dos sofoco, a partir de tres no entran en el titular, pasan a letrillas once. Apenas cierran la tirada, recomienza el ciclo, otra descendencia con nombre bíblico y aspecto humanoide.

El viento eriza la cola, tac tac tac en la entrepierna. El rabo tac tac tac en el camastro. Igual preña la muerte, por accidente.

El vientre carga la infinita evolución, reduce el horizonte a trazo azul con salitre que amaestra. Domestica, repiten, pero crezco, no quepo en ninguna casa.

La cabeza rodeada de guasasas. Vuelan bajo mal tiempo en el rectángulo de la ventana, en el centro, visibles, en la luz. Como una actriz, en la cavidad del edificio de alquiler barato que se presta para escenas costumbristas. En rol extremo, apenas veo tras cortinas. En la acera, un bicho devora yerba. Nadie le obliga, pero desaparece.

Dos africanos, cinco argelinos me siguen. Protejo bulto. Huele a tormenta.

Miro dos veces al cielo, ellos miran también, dos, tres, con disimulo. El blanco del ojo es dañino, delata. Nunca delates, antes, arráncate el ojo.

Busco funda, con cuidado. Me agito, ON/IN-seguro, calculo mal. Cavo, desenvuelvo a la gata tiesa. Se resiste, no cabe en el hueco. Excavo con tijera, arrodillada, agranda, anda.

El vecino que vende tripas respira fuerte. Por instinto profesional reconoce tufillos. Cerca de los autos alerta. Vigi, lante ante, la.

-Materia descompuesta, pronuncia.

-¿Mierda?- interroga el militar.

-Cadáver, desde hace horas, agrega en experto.

La representación se detiene en Impaciencia. El africano silba, desvía. Suisiiii corre suiiiiiiii. Atención, me refugio con la gata muerta. La transporto, es una estola negra con dos esmeraldas.

Me deslizo. La gata maúlla triste, fragiliza el tabique. Detiene el gemido en pleno éxtasis. Otro intento de delito, me espera. El bosque inaccesible, para panteras grandes, con dientes enormes, y alguna muerte importante, lagartijas y pájaros no cuentan. Finalmente, inclino el pararrayos. Fulminante, la gata reduce lo que encuentra, ocupa el poderoso rol del verbo. Circula libremente, a medianoche se esconde bajo tierra.

No escampa. La lluvia ablanda. Si marina bastante mete diente.

El negro hubiese bajado, pero esta noche ningún pajarraco toca tierra. Más de uno será tragado por el océano. Tampoco pregunta, no es costumbre indagar por animalejos en cautiverio.

La loca desprendió el acantilado, chifla en morse.

El riesgo en no caer después que te han capado.

Afuera graznan, siempre.



El gato de Schrödinger

Cuando falta la cola o la crin,
el caballo enfermo es cuerpo
que trota sin la posibilidad
espiritual del viento.

El sol se fue a putear
al fondo de las nubes
después de hacerse

el nulo en los acantilados.
Estoy recogiendo fragmentos,
quizás se salve algo de la mañana.

El gato de Schrödinger ha desaparecido
supuestamente atado al caballo.

Un átomo radiactivo y una botella de veneno
ocupan el interior de mi cerebro
donde nadan el absurdo,
la obsesión y el despilfarro.

Mi desespero no es por el gato muerto,
estoy febril.
¿Dónde está el problema,
si no quiero saber la solución?

El pintarrajeado travesti
se pavonea en la acera
con la ilusión
de que el enano tuerto
se equivoque de estación.

La sombra acaricia entrepiernas:
toda ecuación del mundo está en el sexo.



Animal de interior rosado

Fui el caballo negro que al patear
agrandaba el ojo de la mañana.

Fui mosca ávida de dulces,
posada a contraluz
sobre la lámpara
de un devorador de libros.

Fui avispa en guerra,
hincando cabezas gritonas
hundiéndome en la sabia de la reina.

Fui extremis causa
sin nacionalidad definida.

Fui carroña entre escribientes
alistados en borrar nombres.

Desoí pactos y tracé el frío que alivia
al rastrear encrucijadas,
fui gallina, mucho cacareo
y poco huevo a cocer.

Jamás acepté araña o sapo
voluptuoso y verde.

De todos ahuyenté la posibilidad
de mutarme en mujer.

Soy esta cosa desprendida
de un azulejo ardiente de Pompeya
que trae su isla quemándole la casa.

Apenas un resto fosilizado
en cualquier rastro
donde venden baratijas,
oro aliado con cincuenta
componentes insanos.

En otro momento escogí la chiva,
el cabro, la vaca y les mordí
la lengua hasta la lágrima.

Mi falta de crueldad me destinaba
a perecer en la infancia,
si he llegado hasta ti
es porque soy estratega,

de la visibilidad un grano,
una rama fresca, doblada
japonesamente saludo :
Oui, oui, merci, tras ojos *indéchiffrables*
oui oui, merci, llévame,
tan puta e impúdica
como alguien que sufre.

El cuerpo de este animal
bruto y desorientado
gratifica al universo
por su irrelevante gestión
del fauno y la floración
de especies raras.

En breve tendré
otra mutación genética,
cada palabra ripia una célula,
cada letra fractura una uña.
Estoy alimentando lo que queda
no descompuesto en mi entorno,
de ahí el tono grave.

La imposibilidad de canibalizar
a mis semejantes me obliga
a trabajar con lo que a penas se ve,
transformar este disperso concepto
rayado en un blues de New Orleans.

El vendedor ambiciona en la plebe
el signo de posición,
yo no poseo nada.
Todo escalonado,
en peldaños simétricos.

En el puente de Calatrava, en Venecia,
tres señoras conversan a los toldos azules
justo en la luz que hiere el canal.

En mis contemporáneos, el peldaño
es trampa, zancadilla,
imposibilidad de ascender, descender
poco importa si hay vértigo.

El alma entera
en la libreta de apuntes
de una psicóloga
quien garabatea cartas
al amante que la tiene sin sexo.

Prostituido el instinto, Nietzsche afirma:
invento, ese invento. Especulo:
¿Cómo despierto,
nunca he visto Venecia?
Doble personalidad retrata lo que el ojo
no devuelve como acercamiento.

Maniquís en postura *tabú lo kitsch*,
lista de lo qué hay que decir,
a quién hacer santo con ritual,
de quién quedar asombro,
qué vetar,
qué adjetivo cadavérico,
qué humo estorba al paisaje.

Zoroastro es cojo,
no por la gamella que pudo
acercarme en el invierno de 1992,

cuando descendí en el País de Caux,
y padecía como el suelo
de un salón de baile,
sábado en la noche.
Zoroastro es cojo
pues cuida su dedo del pie y
quizás Venecia exista
si pago el precio.

Fui quejumbrosa
en corredores sin ventanas,
casi humana en la extensa
tregua de mi batalla:
no maldecir
hasta saber la palabra que salva,
cuando hoy niego y afirmo
ser igual de desperdicio.

(Margarita García Alonso)

27-2-19:

Mi amigo César Mora me advierte d q “*l’assemblée*” francesa ha declarado a los otros animales domésticos “seres vivos” y no propiedad. La declaración, promovida por 700 000 firmas ciudadanas y varios grupos d defensores d animales, modifica la ley 1804 y beneficia solo a perros y gatos.

El ex-ministro d educación, y *philosophe* Luc Ferry ha declarado a la sazón q “Los animales sufren, tienen emociones y sentimientos. No se trata de convertir a los animales en sujetos de la ley...sino simplemente de protegerles contra ciertos tipos de crueldad”. *Voilà*.

Dicha modificación permite también tomar en consideración a las mascotas en casos d divorcio -para dirimir la custodia-, herencia e indemnización por accidente. Todo un paso adelante q, sin embargo, no parece abandonar el mundo d la propiedad material:

custodias, herencias, indemnizaciones...la realidad d las mascotas y la d los niños no está, al efecto, tan distante. Que viva el osito d peluche d la innovación legislativa! Por otra parte, y casi simultáneamente, en España, más exactamente en Castilla y León, el Partido Animalista contra el Maltrato Animal (Pacma) ha conseguido q se prohíba temporalmente la caza en dicha región, aprovechando algún tecnicismo legal d la Unión Europea.

Los cazadores responden alertando acerca d los enormes perjuicios q tal suspensión provocará en la flora, la fauna y, desde luego, a los cazadores. Mientras se revise la legislación, animalistas y animales gozarán d un mundo sin escopetas.

Q aquellos q aman y protegen a los animales se hagan llamar “animalistas” me parece, por cierto, un contrasentido; recuerdo haberle escuchado a otro amigo la expresión “animalero” para definir a la persona q goza d la presencia d las bestias no humanas. Mientras César y yo debatimos estos temas al modo peripatético, nos topamos con un camión cuyo chofer ha hecho grabar sobre el parabrisas el título “La Bestia”. Justamente. Al día siguiente d la conversación, encuentro un auto q, en su cristal trasero, lleva la insignia “El Tigre”; esta va acompañada d una cabeza del animal homónimo y, a cada lado d la frase, un conejito d *Playboy*. Esta es, sin lugar a dudas, la heráldica característica d los animalistas auténticos.

La “animalística” es uno d los rasgos esenciales d la robotización; Spiderman es animalístico, mientras q la araña q está en el cuarto no es ninguna actriz ni está sujeta a guión, director ni forma parte d ninguna “superproducción”: es precisamente por eso q se la considera “inferior”. Tal vez la ciencia ficción no sea más q el sueño pueril d llegar a ser los únicos animales en un universo d máquinas y rocas, con algún q otro zoológico d hologramas.

Diccionarios

La destrucción d la familia animal es el primer paso hacia la destrucción d la familia humana. Casi un entrenamiento d la crueldad, q luego sera aplicado d manera compulsiva al espacio d los “seres superiores”, superiores también en esto, la aplicación mecánica d la ley. Jesús no fue el primero, ni el ultimo en notar la presencia d la ley como una traba en la evolución d la especie, mas q una condición sine qua non d su existencia. Blake consideró q una misma ley para el león y el buey, era una forma d opresión. No liberación del caos sino represión dentro del caos. Ya el tao percibe la ley, según Lao Tse, como una mengua respecto al orden involuntario d la existencia, a su percepción orgánica por parte d los primates humanos: una muleta, no un paso d avance; unos espejuelos, no una visión. La voluntad y la razón, al ponerse d acuerdo para apropiarse d todo lo q existe, para hallar provecho o “sentido” (q es propiamente

lo mismo) en lo q nos rodea, precisan d una ley q regule los excesos. Y el exceso es la norma.

Es por ley q nuestros familiares chimpancés, gorilas, orangutanes y otros están en los zoológicos. Es una ley q los protege, d quién. El responder esta sola pregunta implica reconocer el caos mental en q se vive. Los diccionarios contribuyen a organizar este caos mental, a categorizarlo, no a suprimirlo. He hecho una pequeña selección d animales tomada d un par d viejos diccionarios; comienzo por el *Brevis. Pequeño Diccionario Enciclopédico Ilustrado*. Sopena, Buenos Aires 1958.

Abeja: insecto himenóptero que fabrica la miel y la cera.

Águila: Ave de rapiña de gran fuerza y tamaño y vuelo rápido, llamada la reina de las aves. Fig.

Persona muy perspicaz.

Alacrán: Arácnido pulmonado y venenoso. Fig. y fam. Hombre maldiciente.

Burro: Asno. Fig. Persona ignorante.

Caballa: Pez marino comestible.

Caballo: Cuadrúpedo solípedo que presta al hombre grandes servicios como cabalgadura, para tiro de carruajes, etc. Pieza del ajedrez. Carta de la baraja. De batalla, tema favorito o materia en la que sobresale un individuo. De vapor, unidad de medida de la potencia de una máquina, equivalente al esfuerzo necesario para levantar a un metro de altura, en un segundo, 75 kilogramos.

Calamar: Molusco de carne estimada.

Cotorra: Papagayo pequeño. Fig. y fam. Persona charlatana.

Chinchilla: Roedor muy pequeño de piel muy apreciada. Su piel.

Delfín: Cetáceo piscívoro, común en todos los mares. Título que se daba al primogénito del rey de Francia.

Endriago: Monstruo fabuloso formado con facciones humanas y de varias fieras.

La idea del endriago puede ser muy útil en medio del zoológico lingüístico, como, d hecho, cualquier otro animal quimérico, en especial si tiene rasgos humanos. Desde luego, no todas las especies se hacen notar por su utilidad “al hombre”, o como metáfora d alguna actitud humana sea leonina o reptil: muchas formas d vida no son

en absoluto civilizables. Sin embargo, la lista anterior es típica, y el ejemplo siguiente, paradigmático:

Mono, mona: adj. Fam. Pulido, gracioso. Animal cuadrumano parecido al hombre.

La monería, entonces, es la imitación q los monos hacen d los humanos, y viceversa.

Alfonso Silva precisa, en *La selva interior*, q

“Los monos son muy propensos a imitar. Si uno de ellos ve a otro rascarse – incluso en un monitor de video-, comienza a rascarse él también”; lo mismo ocurre si otro bosteza o cojea. “No por gusto”, recuerda Silva, “llamamos ‘hacer monerías’ y ‘monear’ a las imitaciones que hacen nuestros bebés”.

Estas monerías, por cierto, sirven al autor para introducir las neuronas espejo. Pero neuronas y patrones aparte, Silva ha comenzado por recordar q “cada animal siente su propia existencia”, y actúa en consecuencia sin q “por su cerebro pase una palabra: ni siquiera ‘yo’”.

Silva especifica q “chimpancés y monos rhesus están pendientes de lo que saben o ignoran otros individuos”.

El tema d la monería ha logrado vincularnos a la infancia, la percepción del otro, la conciencia, el yo y su ausencia, etc. No es poco para un animal “parecido al hombre”.

Veamos què suerte corre el orangután:

Orangután: Mono antropomorfo.

Y la paloma?

Ave doméstica; es muy mansa, existen muchas variedades y se considera símbolo de la paz; fig.

Persona pacífica y bondadosa.

Y la sanguijuela?

Gusano anelido; fig. Y fam. Persona que de continuo saca dinero a otra.

Y el tritón?

Deidad marina; molusco gasterópodo de concha grande.

Què es, pues, la zoología? El *Dizionario Garzanti* ofrece la definición: *ciencia que estudia la vida de los animales, en todas sus manifestaciones. Comp. de zoo y logía.*

Zoo, del griego *zooion*, animal. Es el logos d los animales? Más propiamente, el *Garzanti* traduce:

a) estudio, tratado (psicología, teología).

b) modo de hablar, discurso, expresión (analogía, braquilogia).

Braquilogia, me acabo d enterar, es brevedad en el discurso. Luego, braquicéfalo, *Dicese de la persona cuyo cráneo es casi redondo*, precisa el *Brevis*.

Una curiosidad del *Garzanti* es q *leopardo* y *leopardiano* están juntos. Mientras q el leopardo es el conocido felino, desde luego, “buscado por su piel”, leopardiano es algo propio d Giacomo Leopardi, un verso, una expresión.

No quiero cerrar el diccionario sin saludar al ciervo:

mamífero, rumiante, salvaje, comestible.

Hay una página d Silva q me recuerda a Gurdjeff, son sus párrafos dedicados a la inconsciencia colectiva. D alguna manera, también remite a *Koyaanisquatsi*, aquel film d

Geoffrey Reggio con música d Philip Glass. Dice Silva,

“Así pues, la actividad que pudiéramos calificar de plenamente consciente constituye apenas una pequeña porción de lo que reverbera entre nuestras neuronas”. Y entre los impulsos q reverberan, “d manera subrepticia”, se destacan aquellos “orientados a evitar cualquier discrepancia social”. En tales casos primaria, automática e inconscientemente “el módulo cerebral encargado de alinearnos con los demás”.

Resumiendo, Silva define nuestra conciencia, citando a Dennis Overbye (“Free will: Now you have it, now you don’t”, *The New York Times*, enero 2007), como “un mono montado sobre el tigre de las decisiones y las acciones inconscientes” y al *homo sapiens*, como “un primate que mata para comer”.

Entre patrones fijos d acción, neuronas espejo y *gut feelings*, este primate parece bien equipado para vivir un mundo accidental donde el individuo es una fantasía teorica.

Pepinos de Mar

Holothuria forskali

Voy al mar cuando dormir me cuesta
sobresaltada, medio soñando, bajo
una parte de despertar y tres de hondura.
Esta noche, camino hasta el puerto
dejando atrás los silbidos, los hombres, el neón
en los estanquillos de comida rápida
grandes perniles de kebab, pivotes en ventanas encendidas.
Empujo mi cuerpo dentro del agua
para esconderme bajo la bofetada de las olas
yacer, con los brazos plegados
observando los peces dar sus giros de plata.
Soy su prisionera:
flotando sobre ellos mientras rodamos. Soplamos
y somos un beso devuelto en un soplido.
A través de una mancha de saliva en mis lentes
estudio pepinos de mar manchados cual leopardos
gruesos, densos, enormes como vergas porno en el agua grasienta.
Miro a uno de ellos derramarse en una roca, observando
a este hermoso punk
desencadenar su piel, volverse líquido.
Cuando salgo a la superficie, los hombres
se asoman sobre el muro del muelle.
Recuerdo un film que vi en la tele

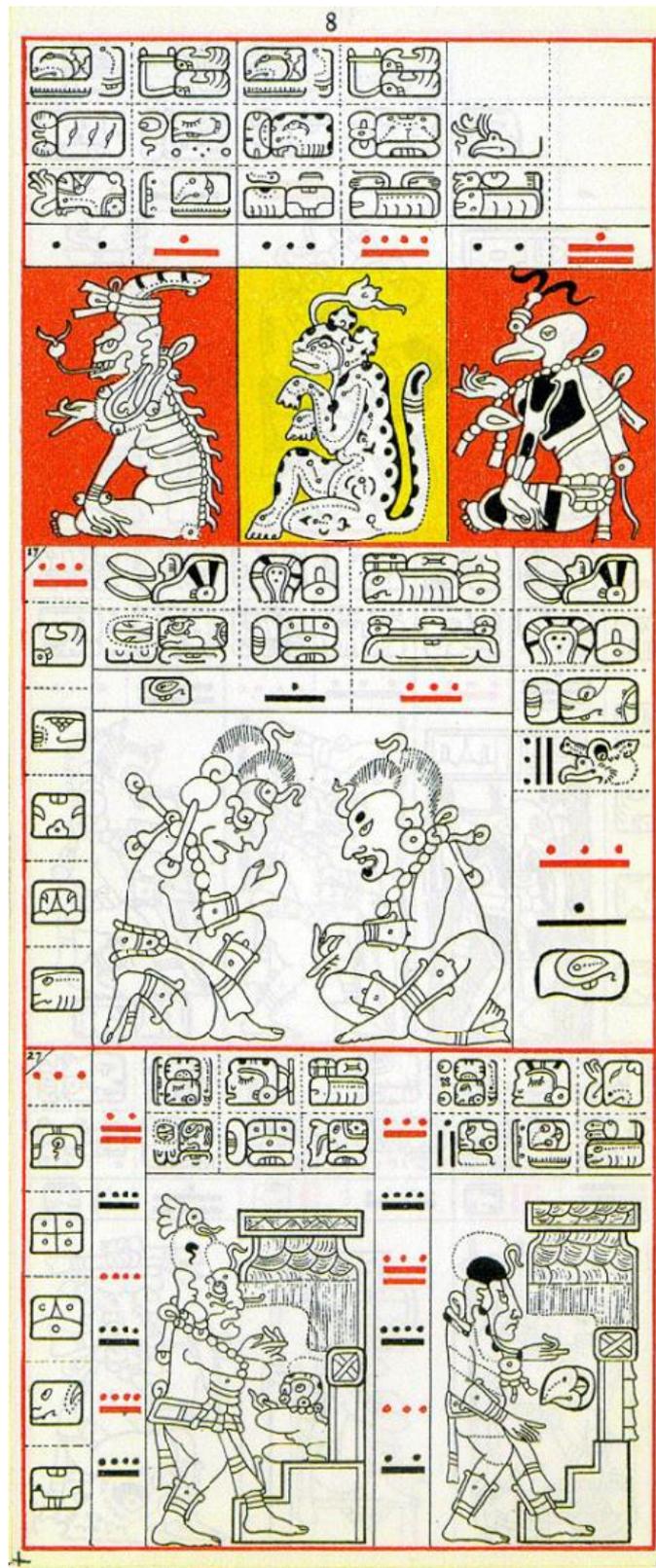
accidentalmente cuando tenía ocho años
donde una mujer era violada en grupo
sobre una máquina de pin-ball.
Los hombres del puerto
sacuden la ceniza de sus cigarrillos, mirando fijamente
empezando a bajar las escaleras.
Las luces de la discoteca vacilan, resbalan.

Todo es

inconsistente.

Anna

Shelby



Códice Magliabecchiano

Bájate d la silla. Notas a partir d un seminario.

El seminario *La bete et le souverain*, ofrecido por Jacques Derrida en la escuela d altos estudios d ciencias sociales (EHESS), d Paris, entre 2001 y 2003, luego recogido en 2 volúmenes homónimos por Galilee, se propone una “reflexión sobre la soberanía”, enderezada, específicamente en el 2do volumen, hacia “las grandes cuestiones de la vida animal (la del hombre [sic.] “animal político”, decía Aristoteles, y la de las ‘bestias’) y del tratamiento, del sometimiento de la ‘bestia’ por el ‘hombre’”. Sabemos, por la introducción, q “Jacques Derrida leía, ante un vasto auditorio, siempre improvisando un poco, el texto de su seminario...” durante unas 2 horas, d 5 a 7, cada miércoles mientras duraran las “sesiones” o *seances*. Hay algo d espiritualismo

espectacular al cual le sienta el nombre d “*seance*”; escuchemos a Derrida en la obertura d la primera sesión:

“ Conozco una frase aun más terriblemente ambigua que ‘estoy solo (a)’, y es, aislada de cualquier otro contexto determinante, la frase que diría al otro ‘estoy solo (a) contigo’. Mediten en el abismo de una frase tal: estoy solo (a) contigo, contigo estoy solo (a), solo (a) en el mundo. Porque siempre es cuestión de mundo cuando se habla de soledad”.

Casi un tango parisiense, uno creería escuchar a Borges, a Benedetti incluso en la última frase: Derrida se convierte en el D.J. d la soledad del hombre [sic.] ante un mundo siempre a punto d partir q se queda junto a la nostalgia d otro mundo perfectamente verbalizable. Pero, y la bestia? La bestia es objeto d verbalización continua, como en una especie de *harassment* analítico por el cual podría demandar a los racionalistas, pero no es un protagonista en esta opera. Las arias d Derrida son largas y la voz del maestro tolera con dignidad el *leit motif*, eso q, lejos d las aulas se conoce como el “dale que dale” y q, en este caso, va d Robinson Crusoe a Heidegger en busca d un nuevo *to be or not to be*, como en un *remake* d Hamlet & Animal Planet filmado en la Selva Negra.

Ahora bien, antes d definir el ser, definamos la cátedra q pretende revelarlo: la cátedra es la silla, la silla es la catedral d la conciencia humana, allí se asienta. Probablemente ese ser al cual llaman *Dasein* ha sido corroborado desde alguna silla; avistado, como se dice d las bestias en extinción.

Pero los filósofos son propiamente bestias en extinción, se les conserva en recintos universitarios al igual q otras especies d laboratorio raras o “útiles” al sistema. Què es el sistema, es una pregunta q no oso abordar en espera d q el propio Derrida nos lo diga y, en efecto, interpretando uno d los grandes éxitos d Heidegger (“El mundo mundeá”), nos comunica q este mundo no es el originario sino una imitación cuyo modelo es la *fisis*. Derrida quiere llevarnos a “ese mundo originario, esa *fisis* más vieja

que la naturaleza objetiva de las ciencias naturales o de la metafísica poscartesiana...”, para luego volver a hablar (*de nouveau et autrement*) acerca del ser en el mundo y su relación con los “animales”. Hay q admitir q Derrida observa respetuosamente una separación entre el ser del “hombre” y los “animales”, como si estos no participaran, desde el inicio, en el *Dasein* humano, proposición inconcebible. Puede incluso q “los animales” no posean la aplicación *Dasein* y puedan, sin embargo, funcionar en el mundo sin ella. Si alguna vez lo averiguamos, recordaremos q el propio Heidegger llamaba al habitante d las ciudades “Mono de la civilización” y preguntaremos entonces si goza d *Dasein* el ciudadano común.

Derrida, por su parte, prefiere detenerse en las concepciones d Heidegger acerca del animal como “pobre en mundo”, y del “hombre” en tanto q “constructor de mundo”:

“...si el animal es pobre en mundo, a diferencia del hombre que es *Weltbildend*, es que no tiene acceso al ‘como tal’ de quien está [*l’étant*], no tiene la estructura del ‘como tal’. Es por eso que no tiene *logos* o porque no tiene el *logos*, o que el *logos* no prevalece en él, es que no tiene la experiencia del que está o del mundo ‘como tal’, en su aparecer, en su *Offenbarkeit* [su ‘evidenciarse’] ”.

Es a veces difícil determinar hasta qué punto Derrida participa y coincide en la jerga determinista d su colega o solo la expone, tal es el poder interpretativo del francés, o quizás su propia

Offenbarkeit...si el *logos* es condición para la aparición de la logorrea entonces es mejor que los otros animales no lo posean y sigan siendo “pobres en mundo”; la cuestión planteada al final d la segunda *seànce*, què es el mundo?, a la cual el propio Derrida responde sentencioso como un bolerista o un poeta antiguo - “El mundo es una isla de la cual no tenemos el mapa”- da lugar a una observación acerca del método heideggeriano para enfrentarla q Derrida compara con “un golpe de teatro”: habría q haber comenzado por ahí, por la filosofía como show del *logos domesticado*, mucho antes d negarles a los otros animales la participación en el *logos silvestre*.

Si Heidegger (con Derrida por *medium*) plantea q el animal ve el sol, se calienta al sol, pero no ve el sol “como tal”, debemos dar por sentado q sabe lo q dice, a fin d cuentas se trata d un filósofo alemán y, además, en ningún momento su intérprete le cuestiona (y se cuestiona) cómo llegó a saber lo q saben o no los otros animales; si hay en la obra d Martin Heidegger evidencia alguna d haber llegado a trabar contacto tan íntimo con animales no humanos como para conocer lo q conocen e ignoran, Derrida no la menciona ni señala su ausencia. A pesar d estar sentado en una cátedra d ciencia, el seminarista no se siente obligado a corroborar o invalidar afirmación semejante; es obvio q en un enclave d conocimiento ya no se puede afirmar q los “negros” o los “indios” no tienen alma (o *Dasein*) pero, en cambio, sí puede aseverarse en nombre d la filosofía q el gato q está al sol no lo percibe “como tal”. Es cierto q se trata d una cátedra d ciencias “sociales”, no “naturales”: la filosofía, lamentablemente, no es una rama d la biología sino d la literatura y, en casos como este, incluso del teatro: ciertas licencias líricas y prosódicas han d ser permitidas. Dejemos la bestia al sol, su falta d *Dasein* no le impide fijar las vitaminas.

.

Me permito una digresión, más bien una distracción asociativa guiada por el natural vínculo entre reflexionar y refrescar (homofónico en francés: *reflèchir/raffaichir*) q nos llevará hasta el bosque d las Ardenas donde Shakespeare sitúa el epicentro dramático d *As You Like It*; recordemos q en este bosque se despliega un variopinto grupo d fugitivos q huyen no solo d un tirano, sino también d la tiranía d la ciudad. Entre estos “refugiados” se encuentran, caso atípico, dos bufones o *fools* sin otro lazo entre ellos q el haber coincidido en la “naturaleza”: uno es el bufón habitual, también llamado “natural” o “profesional”, el inolvidable Touchstone o Piedra d Toque; el otro, es un bufón irregular, melancólico, un clown filosófico. Su nombre es Jaques.

Jaques ha gozado d una sobrevida formidable más allá del bosque shakesperiano, suyo es el famoso *statement* “El mundo entero es un escenario (*The whole world's stage*) con el cual da comienzo al no menos célebre monólogo d las “Siete edades del

hombre” con su afrancesado final, “*sans teeth, sans eyes, sans taste, sans everything*”. William Blake lo retrató en un dibujo a pluma y acuarela, “Jaques and the Wounded Stag” (Jaques y el ciervo herido), d 1806, en el cual el clown filosófico, cuya cátedra es ahora una roca, aparece mirando al cielo en actitud d reclamo mientras parece señalar con la mano derecha hacia el ciervo malherido, cuyas abundantes lágrimas rellenan el arroyo,

Pobre ciervo, haces testamento
como hacen los mundanos, añadiendo tu parte
a aquello que ya tenía demasiado.

Menos significativo tal vez q el detalle d q los ciervos no lloran, es el q Jaques adopte una actitud “ambientalista” respecto a la caza, llegando a considerar a los nuevos ocupantes del bosque más usurpadores aun q el usurpador q reina en la ciudad, opinión a la cual no es ajeno el propio Duque Mayor, comandante d los fugitivos, quien, al mismo tiempo q dirige la cacería, deplora el q a las criaturas originarias d la floresta, en su propio habitat, “se les corten los redondos perniles”. Como es costumbre, estas melancólicas y honestas disquisiciones no impiden la caza y el banquete.

Hazlitt (*Characters of Shakespeare’s Plays*, 1817), declara a Jaques “el único personaje puramente contemplativo en Shakespeare...su única pasión es el pensamiento”. Lo mismo puede decirse d Hamlet; el q sea también “hombre d acción” no lo excluye d las funciones del “melancholic fool” ni d las posibilidades del teatro dentro del teatro. Su *Offenbarkeit* es característica del comediante filosófico (o el filosofante cómico) y hay q recordar aquí el magnífico intento d Agamben por aclarar las razones d Dante para llamar “comedia” su poema toscano: lo cómico, en tensión con la tragedia, no es necesariamente cosa d risa. Ahora bien, baste escuchar el saludo d Jaques a “la honda contemplación de los bufones”, su reclamo lírico y civil por una cátedra teatral.

Denme mi disfraz de payaso y el permiso

para decir lo que pienso, y poco a poco
limpiaré el cuerpo hediondo del mundo infectado.

Mundo, disfraz y permiso (o soberanía) son elementos destacados en la postura, el *disponerse* del comediante filosófico; si fuera necesario además el elemento animal, Jaques lo añade al pedir

...que mi crítica vuele como un ganso salvaje.

Y no olvidemos q la frase inglesa “perseguir un ganso salvaje” (*a wild goose chase*) es sinónima d empresa infructuosa en busca d lo inalcanzable, equivalente, pues, al ejercicio metafísico. Siguiendo a Aristòteles, Robert Burton (*Anatomy of Melancholy*, 1621) coincide en q “Los melancólicos son entre todos los hombres los más ingeniosos” y están poseídos por una suerte de entusiasmo q “les estimula a ser excelentes filósofos, poetas, profetas, etc”. Jaques, por su parte, describe así la propia condicion.

No poseo la melancolìa del intelectual, que es competitiva,
ni la del mùsico, que es fantasiosa, ni la del cortesano,
que es altiva, ni la del soldado, que es ambiciosa,
ni la del abogado, que es política, ni la de la doncella,
que es sofisticada, ni la del amante, que es todas estas.
Es una melancolìa propia de mì, compuesta de muchos elementos,
extraida de muchos objetos, y en verdad resultado
de la variada contemplaciòn de mis viajes...

Suficiente, queda precisar q el disfraz (el *motley*) con el cual Jaques quiere ser investido, es el típico vestido de colorines; puede ser a cuadros azules y amarillos,

como en el retrato del *fool* Tom Skelton (1659), puede incluir un pañuelo para la baba, una vara, sombrero d pico o uno similar al d un turista en el trópico y una cartilla escolar, señal d q su educación se encuentra al nivel primario. Es un ingenioso primate en la evolución del pensamiento .

Con frecuencia el ser humano, sin darse cuenta, se entrega a actividades plenamente animales. En tales casos -ya se trate del deporte, el sexo, la guerra e incluso el comercio o la construcción- la frase “ser humano” puede solo designar a una especie animal entre muchas otras.

Si esa frase pretende significar alguna otra cosa, por ejemplo “animal superior”, debe entonces ser reflejo d otra cosa, d otra realidad. Mientras q el patrón animal prevalezca en mí d manera inconsciente, llamarme superior es una fantasía nacida del adormecimiento.

El 11 d diciembre del 2002, al concluir la primera *séance*, Derrida, *en comencant par le commencement*, cita a Heidegger q cita a Novalis: “La filosofía es propiamente nostalgia, una pulsión a hallarse en todas partes en casa, en su lugar propio (*Uberall zu Hause zu sein*)”. *Dasein* global, planetario, casi turístico...”resultado de la variada contemplación de mis viajes”, como diría Jaques. D Aristòteles a Heidegger -quien visita al mismo Aristòteles visitado por Burton, el d los *Problemata*-, Derrida va dibujando una tonalidad q va d la nostalgia a la melancolía, ida y vuelta. “La melancolía no es nostalgia, mas hay entre estos dos aspectos una afinidad, una analogía” q apunta hacia la privación, a la ausencia. No en balde a Heidegger llamaron “depresivo”, “como, en el fondo, todos los que filosofamos, no es así?”, concluye Derrida.

Tal vez, la raíz de la melancolía, la verdadera nostalgia es la de no ser, simplemente, un animal, una bestia sin predicados. Pero esta bestia sin predicados es, al mismo tiempo, un ser concreto que, afortunadamente, no depende de Aristóteles para existir. En las superpobladas sesiones de Derrida (Defoe, Joyce, Freud, Marx, Virginia Woolf, Lacan, Celan, Rousseau, Husserl, Kant y muchos otros invitados) no se presenta, si he leído bien, ninguna otra bestia que no sea el cordero de Abraham y el loro de Robinson Crusoe, bestias librescas. Y entre “el mono de la civilización” y la cotorra del logos soberano, flota el espectro del “animal superior” hecho a la imagen y semejanza de Dios, de los dioses. El psitacismo (de *psitakòs*, loro) de la filosofía no ve otra presencia que la de los animales abstractos que, quieran o no, obedecen a la razón, ya sea porque “tienen razón” o porque la razón los contiene .

Ser y tener; “en nuestro seminario”, anuncia Derrida, “Heidegger intentará explicar en qué el animal pobre en mundo no tiene al mundo, o más precisamente, y habremos de detenernos en esta dificultad, pues ella concierne tanto el sentido del mundo como el sentido de tener, el animal *tiene* un mundo en el modo de *no tener*. Y este tener sin tener (el mundo), si bien parece una contradicción lógica, recuerda también que la metafísica y el pensar la esencia tienen otra lógica respecto a la del buen sentido o el entendimiento en el hombre”.

Este es el estilo Lao Tse, o Tao Te King, pero también el kung fu de Confucio que pronto derivará en el Master Joda de *Star Wars*. A partir de ser y tener, en todo caso, se puede observar una posible división en subespecies, los que tienen teniendo, y teniendo son, y los que tienen no teniendo, y no siendo porque no tienen, son de todas maneras. “Ah, si pudiéramos quedarnos bestias!”, exclama Derrida pues “el hombre”, al que Heidegger

llama además “el animal, el loco de la civilización, el guardián de la cultura”, pierde el ser teniéndolo, y teniendo el *logos* lo invierte en la jerigonza d la dualidad.

Esto explica tal vez el q, a la altura d la décima *scène*, Derrida narre una pesadilla en la cual le ha sido asignada la tarea d defender, “en algo así como un super Consejo de seguridad”, el derecho y el poder d todos los dirigentes y politiqueros (*beaux parlers*) del mundo d acceder al *logos*: “e invocando la autoridad conjugada de Aristòteles y Heidegger”, precisa Derrida, procede al alegato elocuente en favor d Saddam Hussein, Bush, Rumsfeld, Aznar, Blair, Chirac, Sharon, Arafat, Putin el papa Juan Pablo y muchos otros *beaux parlers*.

Hay q precisar q esta pesadilla, “esta crisis dolorosa” estaba vinculada a un estado gripal con el consiguiente “sueño febril”. Al despertar, Derrida se pregunta (“pero me hallaba aun muy acatarrado”) si sería conveniente encerrar a todos esos seres en “ese trozo de la isla de Cuba nombrado Guantànamo” y aplicarles “un curso intensivo” sobre *Robinson Crusoe*, Heidegger y Aristòteles. D ciertas pesadillas es casi imposible despertar, observemosla pues sin ánimo d derivar hacia el psicoanálisis.

Por què ha sido invitado Derrida a este super Consejo d seguridad? Estamos aun en el ámbito d la guerra d las galaxias, una fantasía tecnológica con elementos legislativos (a Derrida le recuerda el juicio d Nuremberg), en la cual debe participar, a pesar suyo pero guiado, al mismo tiempo, por un imperativo cultural: “Sí, debes hacerlo, le debes a la verdad y a la justicia el reconocer y demostrar” q estas personas “tienen en efecto acceso al *logos semantikos* e incluso al *logos apophantikos*”, es decir aquel q aparece en la plegaria. A estos *logos* no tiene acceso el ruiseñor, por ejemplo. Mucho menos la rana aunque pueda aparecer en un haiku d Basho.

Es posible q, a diferencia d la d Jaques, la melancolía d Derrida sea competitiva, como la del intelectual; política, como la del abogado; fantasiosa, como la del músico, sofisticada como la d la doncella y, en fin, como la del amante, q es todas estas y

muchas más. Derrida ama la filosofía, la filosofía ama a Derrida y, como él mismo advierte, “uno siempre puede ser, a la vez, bestia y soberano, soberanamente bestia”.

Por ejemplo, Kant, al hablar de la guerra, plantea: “Por lo tanto, según el nivel de cultura al cual ha llegado el género humano, la guerra es un medio indispensable para seguirla perfeccionando”. Es decir, la guerra contribuye a perfeccionar la cultura y, es de suponer, la cultura contribuye a perfeccionar la guerra. Al menos aquí, Kant no habla del omnipresente “hombre” sino del *politically correct* género humano; al menos Kant no separa aquí guerra y cultura como hacen muchos creyentes en la “humanidad” y la filantropía. No satisfecho con lo anterior, añade Kant que “solo con una realización plena de la cultura, la paz eterna nos será grata y posible”.

“Sin horizonte de guerra”, coincide Derrida, “el Estado ya no tiene razón de ser” pues es, por naturaleza, “belicoso, belicista, e incluso beligerante”. De ello se desprende que un estado que sostenga, al mismo tiempo, la guerra y la cultura, es a la vez bestia y soberano. Y habría que poner en primer lugar -para tal vez comprender el sustrato de la pesadilla- la guerra contra la bestia, la bestezuela, el insecto, la bacteria...y un primer paso hacia la declaración de esa guerra pudo haber sido el separarnos de aquellos que, según los especialistas, no tienen acceso al logos.

De hecho, al final de la última *séance*, Derrida hace esta declaración sorprendente,

“En el fondo, toda esa gente, de Defoe a Lacan pasando por Heidegger, pertenecen al mismo mundo para el cual el animal está separado del hombre por una carencia múltiple de poder (la palabra, el morir, el significante, la verdad y la mentira, etc.). Lo que Robinson piensa de su loro, Poll, es poco más o menos lo que Descartes, Kant, Heidegger, Lacan, y tantísimos otros piensan de todos los animales incapaces de una verdadera palabra responsable y respondiente (*rèpondante*), de un *logos semàntikos* y de un *logos apophantikos*”.

Se desmarca Derrida de este mundo determinista al aproximarse al fin de sus sesiones? Sin duda, ya antes, al comentar la distinción que hace Heidegger entre lo natural y lo

simbólico, no tiene reparos en considerar q “la afirmación según la cual el animal es extraño al aprendizaje de convenciones técnicas y a todo artificio técnico en el lenguaje es una idea bien grosera y primitiva, por no decir estúpida”. Derrida se hace eco, más bien, d “un lenguaje no verbal y sin palabras” para toda la comunidad d seres vivos, “humanos y no humanos”, y demasiado humanos. Da ganas d entonar la “Oda a la alegría”, solo q le llevó ocho sesiones y 310 páginas llegar a esa conclusión o, quizás, fue su aristotélico modo d invitar a un desenlace, es más, a una catarsis con pesadilla incluida.

Una cátedra es una silla, y una silla es un *status symbol*; una banqueta d piano usada por Beethoven, el butacón del papa, el trono d un ejecutivo tendrán más valores, en el mercado q sea, q una simple silla d pino; sin embargo, todas estas “sedes” comparten un mismo estatus natural y simbólico, q es la soberanía respecto al piso y, con ella, sobre todos los seres q por el piso van, reptan, saltan o se posan. No obstante, para decirlo a la manera del maestro Joda, el logos q depende d la postura erecta o d la silla, no es el verdadero logos.

